

PETER DEBRY

LA PEQUENA TONKINESA

Explosiva novela donde se entremezclan un sinfín de elementos del pulp y del melodrama: nazis y hermosas francesas, hermanos gemelos, pérfidas mujeres orientales, espionaje y falsos culpables.



Peter Debry

La pequeña tonkinesa

Bolsilibros: Servicio Secreto - 34

ePub r1.0

jala y xico_weno 03.07.17

Título original: *La pequeña tonkinesa*
Peter Debry, 1951
Portada e ilustraciones: (presumiblemente) Provensal

Editores digitales: jala y xico_weno
ePub base r1.2





PETER DEBRY

La pequeña tonkinesa

1ª. EDICIÓN
MARZO - 1951

EDITORIAL

Proyecto, 2-T. 284453



BRUGUERA

BARCELONA (6)

LA PEQUEÑA TONKINESA

por PETER DEBRY



CAPÍTULO PRIMERO

LA DOBLE VIDA DE KARL KLAST

Flora Leduc tenía hambre. Había leído relatos acerca de aventureros o infelices que padecían aquel tormento, pero físicamente no la impresionaron porque no había experimentado tal miseria, que nunca pensó pudiera a ella ocurrirle.

Pero a partir de 1939, como decía un pintor bohemio vecino de la gentil Flora Leduc, «el mundo llevaba dando tantas vueltas seguidas sobre su eje, que mareado, había enloquecido».

Sus padres murieron en un bombardeo que arrasó hasta los cimientos la casita alegre que poseían en las afueras de París. Flora Leduc encontró trabajo como dependiente en unos almacenes importantes de la gran capital.

Entraron los ejércitos alemanes. Los ingleses bombardearon. Las calles se convirtieron en lóbregas. La vida volvió a normalizarse. Flora Leduc tenía escasamente veinte años en 1943.

Rechazaba todo amorío, y sonreía amablemente cuando sus compañeras se burlaban de ella diciendo que estaba esperando a su Príncipe Azul.

Finalizaba el año 1943, cuando, al recrudecerse la crisis en los negocios, hubo reducción de personal. Flora Leduc encontróse entre las que fueron despedidas.

Tenía algunos ahorros, que fueron mermándose a medida que pasaban los días en inútil búsqueda de un trabajo decente. Nadie aceptaba empleados, porque la situación les exigía despedir a muchos de los que ya tenían.

Y la víspera de Navidades del citado año, Flora Leduc aplastó su

linda naricita contra el frío cristal de un escaparate, que tras el vaho mostraba rechonchos capones, trufados faisanes y montañas de *foie-gras*
.

Sentía en el estómago unos extraños tirones, y en la boca una salivilla amarga se le formaba. Hacía doce horas que no probaba nada, desde que tomó con sus últimos diez francos un desayuno ligero.

No se dio cuenta de que un hombre ya maduro, fingiendo contemplar el escaparate, habíase acercado, hasta casi rozarla.

—¿Qué hay, pequeña? ¿Sola y aburrida? —susurró el desconocido.

Flora Leduc limitóse a abandonar la acera, atravesar la calle y penetrar en otra arteria. El individuo fue tras ella. Vestía un confortable abrigo, bufanda de seda y sombrero de hechura cara.

Pisaba aplomadamente, repicando con su bastón de puño plateado. Flora Leduc, que acababa de detenerse ante otro escaparate repleto de comestibles, se impacientó cuando el elegante seguidor susurró de nuevo:

—Una niña tan deliciosamente bonita debe cenar como una reina. Yo seré Papá Noël.

Las lágrimas se agolparon repentinamente en los ojos cándidos de Flora Leduc. Giró el rostro, y su patética expresión no pasó desapercibida a otro transeúnte, que hacía unos instantes seguía el mismo camino que ella y el maduro galán callejero.

—No llores preciosa. Yo soy Papá Noël. Bastará que seas amable conmigo y, podrás comprar lo que desees.

Indignada, pero sintiéndose a la vez indispuesta, Flora Leduc iba a replicar con palabras que nunca usó, pero que había oído frecuentemente en las discusiones de pintores y escritores de la casa donde tenía dos habitaciones alquiladas, cuando la alta silueta de un hombre se interpuso.

Vestía gabardina sedosa, y su rostro parecía tallado en granito. Su diestra enguantada avanzó y un índice tieso tocó en el pecho al elegante castigador.

—Deje en paz a la señorita.

La voz del recién llegado tenía un timbre autoritario, de hombre acostumbrado a mandar y ser obedecido.

El otro quiso gallear:

—Nadie le ha llamado, buen hombre. No se meta…

La diestra del joven avanzó rápida y el galán perseguidor se vio izado, permaneciendo unos instantes sobre la punta de sus zapatos de charol.

Y al mirar de cerca el rostro del que le aferraba por el cuello, una expresión de terror hizo palidecer su fofo semblante.

—¿Se va, o tendré que zarandearle como a un estúpido arribista indecente que es usted?

—Perdón, *Herr* Klast… No le había reconocido —dijo, humildemente, en un soplo de voz, el aturdido elegante.

Karl Klast abrió la mano y empujó desdeñosamente. Más que alejarse, el defraudado y aterrorizado castigador corría.

Flora Leduc no había oído nada. Sentía mareos. Quiso sonreír, y percibió que sus rodillas temblaban. El joven se aproximó, y, quitándose el sombrero respetuosamente, preguntó:

—¿Se encuentra mal, señorita? Es desagradable que existan hombres tan necios que no sepan distinguir a una verdadera señorita. Apóyese en mi brazo, por favor. Le convendría un cordial. Permítame ofrecérselo. Aquí mismo, en este bar.

Flora Leduc obedeció. Había algo en aquel desconocido que la infundía confianza, dándole una extraña sensación de estar protegida por un hombre fuerte y sin equívoca galantería.

El bar tenía escasa concurrencia. La gente se apresuraba a efectuar sus últimas consumiciones y encaminarse a sus hogares, para festejar la noche más evocadora de ternuras del año.

—¿Le parece bien un poco de coñac, señorita?

Ella asintió, casi sin oír lo que él decía. Le miraba confiadamente, detallando la frente alta y despejada, los rubios cabellos, los amables ojos grises, la tersa piel, la regularidad de todos sus rasgos faciales, la boca plena de vitalidad, los blancos dientes, el mentón decidido…

Karl Klast pestañeó cuando vio la ávida ojeada que ella echó hacia la mesita-carro que un camarero transportaba hacia una mesa, y que contenía entremeses variados, emparedados y confituras, con montoncitos de galletas y pasteles.

Pareciendo como si se excusaba, dijo:

—Me gustaría poder cenar algo ligero, señorita. Pero hacerlo

solo no me atrae. Hágame el honor de acompañarme.

—Gustosamente —replicó ella, tratando de disimular la ansiedad de su voz.

Todo le parecía a ella natural, porque Karl Klast daba la sensación de ser todo un caballero, incapaz de la menor mala idea.

—Permítame elegir el menú. Pero antes tomaremos algún aperitivo. Veo que va recobrando usted los colores, señorita… ¿Cómo se llama?

—Flora Leduc.

El camarero, con una obsequiosa sonrisa, tendió la carta a Karl Klast. Éste, fue diciendo:

—Fiambres surtidos, caldo Dugi, lenguado, perdices con bruselas. Vino del Rin, espumoso. El postre se lo indicaré después. Traiga ahora dos «Alexandra».

El camarero se alejó, y Flora Leduc se encontró saboreando poco después el suave combinado. Pero su fondo íntimo le hizo de pronto dejar la copa sobre la mesa, y murmurar, mientras enrojecían sus pómulos:

—Usted pensará que yo soy muy desvergonzada al aceptar…

—Yo pienso que usted, como yo, Flora, se encuentra sola en una noche en que todos abandonan preocupaciones y rencores. Había lágrimas y desesperación en sus ojos cuando aquel grosero la importunaba. Y no sé por qué, sentí que usted estaba necesitando una buena amistad. No me interprete mal, Flora. No soy ningún jovenzuelo idiota. Usted y yo estamos ahora cenando juntos, porque los dos estamos solos y es noche de Navidad.

Una oleada de tibieza y gratitud invadió el alma de Flora Leduc, que sorbió unas lágrimas disimuladamente con su pañuelo. La voz, la apostura del hombre que ante ella se sentaba, le daban una sensación de plena confianza, y pensó en la leyenda de Navidades que su madre le contaba cuando era niña: aquella pobre mujer que, mísera, iba a sucumbir en una noche navideña, y era salvada por un hermoso ángel que, para bajar a la tierra, se vestía y aparecía como cualquier ser humano.

Cuando el camarero que servía la mesa ocupada por ellos pasó con la bandeja a indicarle a la cajera los precios que debía anotar para la cuenta, el gerente le susurró, premioso:

—Cuidado, Gastón. El cliente que te ha tocado es Karl Klast, el

verdugo especial de la Gestapo. Ya sabes…, el de las Mil Torturas.

—Karl… Klast… —musitó la cajera, con rencor y miedo.

—¡Ojalá pudiera darle arsénico a este demonio! —farfulló el camarero. Pero cuando llegó a la mesa, se hizo más obsequioso y atento.

Flora Leduc, impulsada por su instinto, y contenida por su espíritu, trató de comer a bocados lentos y con delicadeza: Karl Klast, adivinando que ella tenía ansia por devorar, se levantó.

—Permítame un instante. Me he olvidado que debía telefonear. No me aguarde, porque tengo que sostener una larga conferencia. No deje que se enfríe su cena.

Se dirigió a la otra sala, dónde fumó un cigarrillo, paseando por el vestíbulo de lavabos y teléfonos.

Flora Leduc dejó libre su instinto. En un instante el ancho plato de fiambres y entremeses quedó vacío.

El consomé acarició su estómago. Y casi sintió gratitud cuando el camarero colocó otro plato de fiambres y entremeses. Así el «ángel» no se daría cuenta de que ella había devorado casi canibalescamente.

—Esperaré al señor. No, sirva el lenguado hasta que no venga el señor.

—Como mande la señora —sonrió respetuosamente el camarero, que a la vez dejó hablar en su mente la voz secreta del otro yo: «¡Ojalá revientes, traidora! ¡Pronto llegará el momento en que te dé yo ricino y, te pele antes de fusilarte, por escarnecer a los franceses siendo amiga del verdugo de la Gestapo Karl Klast!».

Karl Klast regresó, terminado su cigarrillo.

—Tengo apetito, y soy poco charlatán comiendo, Flora.

—También yo.

Cuando, después de la tarta al ron, estaba ella bebiendo lentamente, y con euforia de satisfacción, su *café-crème*, dijo de pronto, sonriente:

—No sé todavía cómo llamarle, señor…

—Señor, no, Flora. Yo soy su amigo. Me llamo Charles. ¿Qué le parece si fuéramos a oír buena música de villancicos y canciones de Navidad a la «Sala Pleyel»? Hay también un belén delicioso.

—Encantada de veras, Charles. Tiene usted ideas excelentes. Detesto el ruido de las *boîts* en esta noche que es todo recogimiento

y ternura.

En la «Sala Pleyel», en la penumbra de un palco, se deleitó Flora Leduc oyendo las ingenuas canciones. Y fue ella misma la que, sin darse cuenta, sin intención equívoca, buscando calor humano de amistad, mezcló sus dedos a los de la diestra de Karl Klast.

Era tal como lo había pensado siempre. Su novio no sería un frívolo joven, amante de danzas epilépticas, cine y con lenguaje cínico. Sería… ¡como era Charles! Amable, enérgico, comprensivo…

Terminó el concierto a las once y veinte. Y ella temió, cuando salían a la calle, que su sueño se esfumara, y que Charles le hablase de «su pisito, donde tenía grabados interesantes y discos recientes».

Karl Klast limitóse a decir:

—Siempre me ha gustado por Nochebuena oír la medianoche, bien arropado, y pensando que todavía mi madre viene a besarme. ¿Podré verla mañana?

—Cuando quiera. Charles.

—La acompañaré hasta su casa.

Faltaban diez minutos para las doce de la noche cuando ambos se despidieron con un apretón de manos, quedando citados para la mañana siguiente a las once, en los jardines del Parque Monceau.

Entre las frías sábanas, Flora Leduc abrazó su almohada, musitando, casi como una oración:

—Gracias… por haber por fin encontrado un hombre bueno… y guapo.

Rió porque siempre había creído que era imposible encontrar ambas cualidades reunidas en un hombre…

A las once del día siguiente, un cosquilleo recordaba en el estómago vacío de Flora Leduc la opípara cena de la noche anterior.

Hacía frío, pero un tibio sol se había dignado aparecer como para festejar el día. Y hubo para ella más tibieza aun cuando Karl Klast, deportivo, elástico, semejante a los modelos de joven yanqui atlético y varonil de las revistas literarias, se inclinó sobré su mano, alzó el borde de su guante y apoyó los labios sobre la piel.

—Felices Navidades, Flora. Me he permitido traer un pequeño obsequio para celebrar nuestra amistad.

Se sentó a su lado en el banco, y ella, infantilmente, desgarró con prisas el envoltorio de la cajita. Era un broché precioso.

—¡Oh, gracias, Charles! Es muy atento por su parte, pero no

debo aceptarlo porque… ¡porque no puedo corresponder!

Y un estremecimiento, sacudió los gráciles hombros. Se desbordó su íntima pena, y a los cinco minutos Karl Klast sabía por qué Flora Leduc, la noche anterior, tenía hambre.

El alemán replicó sencillamente, aunque la primera frase era mentira:

—Yo tengo un empleo en un Ministerio, de intérprete. Estoy bien relacionado, Flora. ¿En qué le gustaría trabajar?

—En mi casa. Sé bordar muy bien y hacer punto, y podría confeccionar calcetines, jerseys, ropa de niño…

—Conozco un almacenista que no explota demasiado. Esta tarde le visitaré. Hoy pasaremos el día juntos, y mañana usted trabajará.

A la mañana siguiente, alborozada, Flora Leduc tenía trabajo. Dos meses después, Karl Klast le dijo que había una casita en las afueras por alquilar a precio bajo y al alcance de la bolsa de la activa Flora.

Y sucedió lo que debía suceder, porque ambos eran jóvenes y necesitaban un amor verdadero. Flora Leduc seguía ignorando que Charles era Karl Klast, el verdugo de las Mil Torturas de la Gestapo…, ¡el hombre más aborrecido de París!

Los aliados desembarcaron en Normandía, avanzando hacia París. Flora Leduc aun no sabía quién era Karl Klast, hasta que cierto día, mientras podaba sus rosales, unos aviones ingleses surcaron el cielo, dejando caer una lluvia de octavillas impresas.

Algunas revolotearon, quedando prendidas en las ramas y esparcidas por la grava. Por curiosidad recogió ella algunas. Leyó la primera, donde se citaba a una famosa actriz francesa, con su foto, y en el estilo empleado por la
«B. B. C.
» aparecía, en mayúsculas:

> *«SE ACERCA TU HORA, BONITA. TU AMADO OTTO SERÁ AHORCADO CONTIGO. SE ACERCA TU HORA, BONITA».*

Flora Leduc, disgustada, estrujó aquella hojilla, y entonces quedó en su diestra otra con la fotografía de Charles. Leyó, con labios temblorosos:

«KARL KLAST, VERDUGO DE LAS MIL TORTURAS, VAS A MORIR SUPLICIADO, PORQUE ERES ENGENDRO DEL MAL, VERDUGO DE LAS MIL TORTURAS».

Las rodillas le flaquearon y cayó sin sentido. Eran las siete de la tarde, la hora acostumbrada en que Charles solía venir.

Cuando ella se recobró, vio a lo lejos la atlética figura del hombre que hasta entonces ella había llamado «ángel».

Karl Klast se encontró frente a una mujer de ojos ardientes, llenos de odio, que, más que hablar, le escupió:

—¡Verdugo de la Gestapo! ¡Karl Klast, hipócrita canalla!

Karl Klast hacía ya unos días que mostraba signos evidentes de preocupación, que justificaba diciendo que tenía mucho trabajo «dados los nuevos acontecimientos».

—¡Eres un odioso alemán enemigo y bárbaro! ¡Un invasor!

—Cálmate, Flora. ¿He sido para ti bárbaro y odioso?

—Vete. No quiero volver a verte. Vete, alemán, verdugo de mi patria.

El gesto de Karl Klast no mostraba confusión ni vergüenza. Irguió la cabeza, y su réplica fue sencilla:

—Hay cosas que no puedo revelarte. Flora. Soy alemán, pero no verdugo. Yo he creído que el mundo estaba mal conformado y que había que enmendarlo. Hemos perdido… ¡Pero no quiero perder tu afecto!

—¡Aparta! Tus manos rezuman sangre de compatriotas míos.

—Yo te juro que no he puesto mis manos en ningún francés. Luché en los frentes de batalla. Créeme, Flora; por favor, te lo suplico.

Ella corrió hacia la casa, sollozando. Karl Klast siguió tras ella, y murmuró:

—Si continúas mirándome con odió, Flora, no y quiero seguir viviendo, y cometeré la cobardía de renunciar a la lucha. Alemania renacerá…

—¡Vete!

—¿Por qué caería en tus manos está maldita propaganda inglesa? Olvídalo, Flora. Seamos lo que éramos: un hombre y una mujer, sin razas, sin rencores, juntos, poseyendo esta fortuna que es una ternura compartida. Juro por lo que más quiero, que eres tú,

que si me apartas de ti en este mismo jardín me mataré.

Flora Leduc quiso ser sarcástica al decir:

—Y a mí, ¿qué? Un alemán menos es un bien para los demás seres civilizados.

Karl Klast sonrió tristemente, besó sus dedos, saludó y abandonó el vestíbulo. Ya en el jardín, desanudó el cinto de su canadiense y extrajo una pistola que llevaba en funda colocada a la altura del pecho, Aplicaba el cañón a su sien, cuando los brazos de Flora Leduc le rodearon el busto estrechamente, y ella, abrazada convulsivamente, decía, con voz entrecortada:

—Dios me perdone si soy una mala francesa, Karl…, pero al tú enviarme aquel beso de despedida, sentí algo que me roía el corazón. Has sido bueno conmigo y no quiero perderte.

Poco después, él murmuró, manteniéndola apretada contra sí en el diván, testigo de sus amorosas expansiones:

—Tengo que irme, Flora. Esconderme, hasta que pasen los primeros momentos de venganza. Nadie sabe que yo vengo aquí. Espérame aquí, que algún día volveré.

—¡Iré contigo!

—No, porque sería peligroso. Me, esconderé con otros compañeros en un lugar de la Selva Negra. Un lugar llamado Triberg. Puedo recoger cartas tuyas en un parador llamado «Lorrach». Ponlas a nombre de Jean Dulac, y las recibiré. Y algún día regresaré, o te diré dónde podremos volver a reunimos. Sin discusión, Flora. Tiene que ser como te digo. No puede haber otra solución.

—¿Cuándo te vas, Karl?

—No te lo diré, porque no tendría valor de dejarte. Así será mejor, mi vida. Me iré cuando no pueda ya permanecer en París.

Y, cierta tarde, esperó Flora Leduc en vano. Lloró, porque para ella no existían razas ni odios. Existía un hombre bueno, que la había hecho conocer la plenitud de amar. Pasaron los años, y para Flora Leduc no había más ilusión en su vida que las cartas de y «Jean Dulac», escritas desde un lejano lugar de la Selva Negra llamado Triberg.

* * *

El Servicio Secreto francés, llamado «Deuxième Bureau», se vio agobiado después de la entrada en París de los aliados. Había muchas delaciones, y era trabajoso dilucidar las inspiradas por motivos mezquinos de venganza personal.

Uno de los altos jefes del «Deuxième Bureau», después de compulsar un voluminoso archivo, llamó al que era considerado el más hábil agente: Arthur Lefranc.

Arthur Lefranc, delgado, de duro rostro, mitigado por una sonrisa amable, que no prodigaba, tenía un capricho: llevar en el meñique izquierdo un gran anillo con un escudo que, en relieve, representaba un a modo de blasón conteniendo un velero, unas rejas de cárcel y una balanza.

Y el jefe del D. B., que por primera vez trataba a Lefranc, incurrió en la misma curiosidad de otros:

—¿Su escudo de armas, Lefranc?

—Mi escudo de vida, señor. Tengo una filosofía barata que puede reducirse a estas tres figuras: el velero, significa viajes; las rejas, cárcel, y la balanza, ecuanimidad.

—Tradúzcame el jeroglífico.

—Estimo que un hombre no puede ser catador de otros ni juzgarle, si no ha pasado antes por dos escuelas: la de los viajes y la de la cárcel, experiencias que hacen reflexionar.

—¿Y la balanza?

—Que hay que pesar bien nuestros juicios. Psicología barata, señor.

—Ya… Le he llamado, Lefranc, porque hay un casó peliagudo. Se trata de un sujeto llamado Karl Klast. Ésta es su foto. Véala.

—Un rostro enérgico y a la vez viril, sin maldad. ¿*Herr* Klast? El verdugo de las Mil Torturas… Estos alemanes son sorprendentes. Generales nobles y humanos con caras de asesinos, y verdugos con rostros de deportistas nobles.

—Tenemos la convicción de que Karl Klast vive, y hasta ahora han sido inútiles todos los intentos por capturarlo.

—¿Alguna pista?

—Ninguna. Hay un camarero que dice que vio a Klast con una francesa, de la cual, por su descripción, encargamos a un dibujante la plasmara. Éste es el dibujo.

—Una foto y un dibujo. ¿Algo más, señor?

—No.

—Poca cosa es. Intentaré lo que pueda.

—Inténtelo.

Un año después, Arthur Lefranc viajaba en motocicleta por las abruptas carreteras de la Selva Negra, y hacía alto en un parador que ostentaba el cartelón de «Lorrach», en las cercanías del pueblo de Triberg.

* * *

El posadero del parador «Lorrach» derramó el contenido de la jarra de negra y espumosa cerveza que se disponía a servirle a un cliente, cuando vio entrar en la sala a Karl Klast.

Desesperadamente hizo señales hasta que logró que Klast entrase en la cocina, donde le dijo, rápidamente:

—¡Huya, *Herr* Klast! Esta mañana ha llegado un hombre preguntando por Jean Dulac: Yo le creía a usted fuera de Alemania, *Herr* Klast. Por favor, no me comprometa. Tome esta carta que recibí esta mañana. Le he jurado al individuo que preguntaba por usted que Jean Dulac se marchó. Era seguramente un agente del Servicio Secreto francés. Llevaba un extraño anillo con una balanza, un velero y unas rejas. ¡Váyase, *Herr* Klast, o le cogerán!

Encogiéndose de hombros, Klast cogió la carta, y preguntó:

—¿Le dije yo que iba a irme, amigo?

—Ayer mismo. ¿No lo recuerda ya, *Herr* Klast? El agente del anillo, creo que se marchó a Triberg.

Cruzando la frontera francesa a pie y de noche, Klast iba repitiéndose mentalmente cierto pasaje de la carta enviada por Flora Leduc:

> *«… y como siempre te espero, Karl. He cambiado de domicilio, porque me pareció que espiaban la casa antigua, donde tan felices fuimos. Todas las noches, a las nueve, bajo al café "Perroquet Vert", y siempre miro pensando verte en la sala. Ocupo una habitación en el último pisó, y forzosamente hay que pasar por la sala del "Perroquet Vert" para subir. Son ya cinco años, Karl.*

Cinco largos años…».

CAPÍTULO II

EL DESCONCERTANTE KLAST

La llovizna era casi imperceptible, pero veíase su fina cortina en el halo de luz de los faroles. Los bares de aquella calle parisiense estaban concurridos porque era noche de sábado.

La mayor parte de los reunidos en la sala del «Perroquet Vert» eran obreros, porque allí servían buen vino y comidas baratas. También acudían artistas, alojados por grupos en buhardillas de cinco metros cuadrados en los altos del mismo edificio donde estaba el bar.

Cualquier observador hubiera adivinado los restos del paso de norteamericanos por Francia, al detallar la nueva vestimenta usual que casi uniformaba a aquel sector de habitantes del barrio.

Chaquetón de cuero al estilo canadiense, gruesos calcetines de lana, dobles, un par vuelto sobre las cortas botas enterizas. Sobrevivía la clásica boina francesa, redonda y apretando el cráneo.

Un hombre, procedente de la calle, empujó, a las ocho y media, la puerta empañada por el vaho de calor humano, y fue a sentarse en una mesa de un rincón cercano, donde la luz casi no llegaba.

Era alto, musculoso en su delgadez, y sus claros ojos grises destacaban más en el bronceado rostro: parecía un francés de los Alpes, de paso por París, seguramente hacia las nieves y vientos de las cumbres, donde seguramente trabajaría en alguna granja, como capataz, porque no era un vulgar ni tosco campesino faenero.

En realidad, aquel hombre estaba expuesto a que de un momento a otro le lincharan. Si la gente allí reunida se fijaba en él, y alguno reconocía sus rasgos faciales, se desataría la ola de rencor

acumulado, que desde junio de 1940 hasta la liberación de París había suscitado Karl Klast, el verdugo de la Gestapo.

Y no obstante saber el peligro que estaba corriendo aquel hombre, no podía irse de aquel barrio ni abandonar París hasta no hablar con Flora Leduc.

Bastaría qué cualquiera de aquellos hombres que ahora estaban tranquilamente bebiendo, charlando jugando al dominó o cenando, tuviera memoria fisonómica y mirara hacia él, para que en un instante se desencadenara allí dentro el infierno de odio que había provocado cinco años antes Karl Klast.

Pero ya eran muchos los peligros que él había corrido los últimos años, para que ahora fuese a abandonar su decidido propósito.

Necesitaba hablar con Flora Leduc. Era más fuerte que todo instinto de conservación.

Se estremeció, porque junto a su mesa vio detenerse a un hombre.

—Perdón. ¿Puedo sentarme? —decía el recién llegado.

Asintió Klast con la cabeza, mudamente.

El individuo que sentóse frente a él era delgado, y, su rostro tenía una dureza mitigada por amable sonrisa, cargada de secreta intención, mientras sus ojos penetrantes detallaban insolentemente el bronceado rostro de su oponente.

—Una noche desapacible —comentó—, pero propia de enero.

En la pared, sobre una estantería, un calendario nuevo marcaba la fecha: 12 de enero de 1950.

Klast volvió a asentir, en silencio. No sabía por qué, pero percibía peligro en la presencia del desconocido que acababa de pedir un *grogg*. Trajeron el brebaje caliente, que despedía grato aroma a limón azucarado y ron, y el desconocido bebió a lentos tragos, calentándose las manos alrededor del grueso cristal del vaso.

Klast se estremeció: acababa de ver en el meñique izquierdo del desconocido un anillo extraño. Grande y con escudo, en relieve.

Klast recordó lo que tres días antes le dijo el posadero del parador «Lorrach»:

«Ha estado aquí un hombre preguntando por Jean Dulac. Llevaba un curioso anillo en forma de escudo, con una balanza, un velero y unas rejas».

El desconocido sonrió.

—A todo el mundo le intriga este anillo. Forjado por un orfebre en el campo de concentración de Dachau. Yo estuve allí un par de meses, hasta que logré escaparme. ¡Bah! Ya han pasado cinco años, y la memoria humana es frágil. ¿Quién se acuerda ya de todo aquello? Nunca he culpado a los alemanes, sino a su Gestapo. La Gestapo era bestialmente excesiva en sus métodos. Pero ¿por qué le estoy hablando a usted de esto? ¿Acepta un cigarrillo?

Klast denegó con la cabeza, murmurando:

—Estoy esperando a un amigo. Le ruego, pues, que me deje solo, señor.

—Desde aquí a la puerta hay unos seis pasos aproximadamente. Tiene usted las manos encima de la mesa. No las mueva ni pretenda echarse a correr, porque todo acabaría para usted. Llevo un año entero tras sus pasos…, *Herr* Klast.

Al pronunciar el apellido, Arthur Lefranc bajó la voz, y Klast miró en rededor furtivamente.

—Si usted no se mueve, Klast, no correrá peligro. Supongo que preferirá un juicio, a ser despedazado por todos estos hombres. Mire aquel pelirrojo que está jugando a cartas. Es viudo. Su esposa, a la cual quería con este tranquilo afecto muy francés que es más fuerte que cualquier pasión vehemente pero fugaz, murió a consecuencia de las torturas que le infligió la Gestapo. Preferirá ser juzgado, ¿no, Klast?

—¿Quién es usted?

—Arthur Lefranc agente del D. B., que desde febrero del 49 tiene por misión única el cazarle, *Herr* Klast. Me costó mucho dar con la pista de Flora Leduc.

—¡Vámonos donde quiera y cuando quiera!

—No, no. Ahora ya no estamos en el París del 40, *Herr* Klast. Ahora en Francia mandan los franceses. Nos iremos cuando yo se lo ordene. Si usted está aquí, es porque espera a alguien muy importante, de lo contrario no habría corrido este gran riesgo. Y me interesa saber quién es. No, no se mueva. Me bastaría decir en voz alta quién es usted, y sería muy desagradable. Mira muy nerviosamente su reloj de pulsera, *Herr* Klast. ¿Para qué hora es la cita? Supongo que pronto, porque usted no estaría aquí con demasiada anticipación. ¿O simplemente quería entrevistarse con

Flora Leduc, que vive en el último piso? Todas las noches, hacia las nueve, baja para rellena su termos.

Arthur Lefranc hizo una mueca expresiva:

—No le estoy sometiendo a tortura moral, *Herr* Klast. No soy de la Gestapo. ¿Quiere saber cómo di con usted? Apliqué el ramplón refrán francés: «Cherchez la femme», y cuando di con Flora Leduc, no se lo hice saber. Me limité a intervenir su correo. Y así leí las cartas de «Jean Dulac». Fui a Triberg, y usted escapó. Vine aquí rápidamente, y esperé. Debe usted querer mucho a Flora Leduc, y eso prueba la eterna doblez del ser humano: usted, un repulsivo verdugo…

Se interrumpió Lefranc, porque el alemán, bruscamente, hizo algo extraño, patético. Dejó caer la cabeza sobre sus dos manos juntas, y sus hombros se estremecieron. De su garganta brotó un ronco sollozo, mientras decía, entrecortadamente:

—No puede ser, no puede ser… Karl Klast no es un criminal repulsivo como todos pretenden.

El agente francés replicó, duramente:

—No se haga el ingenuo, Klast. Usted mejor que nadie sabe que fue un repulsivo criminal. Ya le leeremos las documentadas pruebas de sus vilezas. No puede olvidar que hasta los propios generales y oficiales alemanes, a quienes nosotros mismos respetamos, porque, si bien enemigos, lo fueron noblemente, le calificaban a usted de «verdugo enfermizo», sabio de mil torturas.

Hizo una pausa el agente francés, para proseguir:

—Ha mejorado su aspecto. El bronceado le da aspecto sano. No como cuando paseaba usted por parís su blancura de tez y su negrura de intenciones. ¿A quién espera, Klast?

Alzó Klast el rostro, recuperado de nuevo el control de sus nervios.

—A nadie. Entré a beber algo caliente. Y ahora todo se ha perdido. Dos años en vano… y cuando estaba ya cerca de… —se interrumpió, mordiéndose los labios.

—¿Cerca de qué?

El reloj de pared desgrané nueve campanadas lentas. Klast, murmuró:

—¿Nos vamos?

—Todavía no. Espero… algo y alguien.

Por las escaleras interiores descendía Flora Leduc. Llegó a la sala, y en el mostrador tendió sus termos. De pronto, se contrajo su garganta al divisar a Klast.

Corrió hacia él, que no la miraba. Y cuando estuvo ante su mesa Klast la vio.

Desesperado, y aprovechando el momento en que Arthur Lefranc miraba hacia ella, Klast asió el vaso de *grogg* que aun no había terminado el francés, y le arrojó a los ojos el contenido caliente.

Se levantó, asió la mano de Flora, y echó a correr hacia la puerta. Todo transcurrió en un instante, y habían ambos cruzado la puerta, cuando el agente, frotándose los ojos escocidos, gritaba:

—¡A ellos! ¡Pronto! ¡Es Karl Klast, de la Gestapo!

Klast casi llevaba a rastras tras él a la atribulada Flora Leduc, con la que, corriendo velozmente, llegó a la esquina, dirigiéndose a los muelles del Sena.

Bajaron unas escaleras, y siguieron corriendo hasta llegar bajo unas arcadas de puente.

Allí, al detenerse Klast, ella se le abrazó fuertemente, y ambos trataron de recobrar el ritmo normal de respiración, agitada por la carrera.

Estaban solos, y el susurrar del río a sus plantas era suave. Los labios de ella se aplicaron sobre los masculinos.

Flora Leduc echó hacia atrás el busto, y, desorbitados los ojos, contempló al leve resplandor de los faroles del puente, que desparramaban rojizo halo hacia abajo, el semblante de Klast.

Él, murmuró:

—No grité, señorita.

—¡Usted… usted no es Karl Klast! Y, sin embargo…

—Soy, Kurt Klast, hermano gemelo de Karl.

* * *

Arthur Lefranc estaba furioso, cuando, al cabo de dos horas de incesante búsqueda, tuvo que reconocer que no había rastro de Klast, ni nadie en el barrio había visto a la pareja huyendo.

Pasó media hora comunicando con su jefe, hasta que obtuvo la certeza de que las carreteras, aeródromos y puertos serían, sometidos a vigilancia.

Entonces, personalmente recorrió las esclusas del Sena hasta su desembocadura, estableciendo un servicio de registro a todas las chalanas del tráfico fluvial.

Al amanecer, rendido, se acostó, con la seguridad de que, si bien por esta vez Klast había escapado, no podría salir de Francia.

* * *

Kurt Klast hizo algo que a Flora Leduc le recordó las gentilezas súbitas de Karl. Se quitó la canadiense forrada y de cuello de piel, obligándola a ella a cubrirse con el tibio chaquetón.

Bajo el puente el frío era menos intenso.

—Nunca me dijo Karl que tuviera un hermano gemelo.

—En el año 1938, al tener diecinueve años, y muertos nuestros padres, me fui de casa, porque no compartía las ideas de Karl, y él quería afiliarme al Partido *Nazi*. Embarqué en Hamburgo para América del Sur. Fui a unas plantaciones de caucho, y me interné, viviendo años seguidos sin recibir noticias de Europa, ni leer prensa alguna. Hice fortuna, y fui propietario de una hacienda en el sur del Brasil. Entonces decidí tomarme un merecido descanso, y fui a Río de Janeiro. Allí me enteré de que Karl Klast, considerado criminal de guerra, era activamente husmeado por todo el mundo. Y yo sé que es imposible que Karl sea lo que dicen. Es bueno y noble…

—¡Sí! —interrumpió ella, agradecida, porque era la primera vez que oía hablar bien de Karl—. Él me dio a entender que había un secreto…

—Decidí encontrarle, y por fin di con su pista en un parador de Triberg, en la Selva Negra. El posadero me confundió con Karl, y me dio la última carta que usted había escrito. Por esto vine a París…, y el agente francés me quiso detener en el café.

—¿Por qué no le dijo usted que era Kurt?

—Quiero tener libertad de movimientos. No quiero servir de trampa para coger a Karl. Es arriesgado, pero es el único medio posible para que Karl me explique todo este misterio.

—En la última carta que me mandó, hacía alusión a que iba a emprender un viaje lejano, a una tierra oriental, donde tres ríos nutren los arrozales. Y como siempre, sin duda temiendo que nuestra correspondencia fuera censurada, escribía añadiendo

dibujos que muchas veces no he podido interpretar.

—¿Qué dibujos eran los de la última carta? ¿La tiene?

—No. Obedeciéndole, porque una vez dibujó una hoguera donde papeles se arrugaban, yo, apenas leída varias veces su carta, la quemaba. Dibuja muy expresivamente.

—Siempre tuvo esta afición. ¿Qué dibujos eran los de su última carta? ¿Los puede recordar?

—Como si les tuviera ante los ojos. Había tres trazos serpenteando entre espigas encharcadas. Tres trazos de distinto color: negro, rojo y gris claro. Y un pentagrama con unas notas. Las copié en una libreta que siempre llevo conmigo, y donde he reproducido todos los dibujos calcándolos. Pero la libreta está en mi habitación.

Kurt Klast, replicó:

—Nos educaron de acuerdo a una rígida disciplina lógica. Decía Karl que cuando se ha perdido algo, y lo estamos buscando, nunca se nos ocurre buscarlo en los sitios visibles, sino en los más ocultos. Si perdemos una llave, la buscamos bajo los muebles, y nunca encima de las mesas. Ahora, el agente Lefranc no supondrá que estemos aquí, a doscientos metros del café, sino muy lejos. Quisiera tener esta libreta. Usted aguárdeme aquí, y dígame dónde tiene la libreta, y cuál es su habitación.

—Si entra usted en el «Perroquet Vert», le detendrán inmediatamente, o peor aun, le matarán. Estarán soliviantados comentando que un alemán de la Gestapo…

—¿No hay un patio trasero?

—Sí. Y una escalerilla para casos de incendio.

—Entonces, todo está resuelto.

—Estarán registrando mis habitaciones.

—Es necesario que yo sepa a qué país oriental se encaminó Karl. Y si no vino a buscarla, es porque de nuevo está metido en conspiraciones o aventuras peligrosas. Necesito saber dónde está Karl. ¿Cuáles son sus habitaciones?

—Mirando desde el patio trasero, en el último y piso, la ventana penúltima del lado izquierdo corresponde a mi dormitorio. La libreta la tengo en el cajón de arriba de un despachito, junto con mis cuadernos de clase que he guardado. Es una libretita de cubiertas granate, donde, para el caso de que me hicieran un

registro, he escrito encima, en un membrete, como en las demás libretas del colegio de monjas: «Ejercicios de dibujo. Sacré-Coeur. Año 1933».

—Espéreme aquí. No tardaré y no tenga miedo. Ahora tenemos que ayudarnos los dos. No tardo.

Temblando, más que de frió de miedo, Flora Leduc vio alejarse en las negruras de la helada noche lluviosa al hombre que era la viva imagen de Karl.

* * *

—Ésta es la puerta que conduce a las dos habitaciones de Flora Leduc —dijo el portero del edificio, introduciendo en la cerradura una llave maestra.

—Puede irse, no le necesitamos —dijo uno de los dos agentes del «D. B.» llamados telefónicamente por Lefranc, para que acudieran a hacer un registro meticuloso de cuanto hubiera en las habitaciones.

Después de quince minutos de activa búsqueda, uno de ellos comentó:

—Debe ser una sentimental apegada a los recuerdos románticos. Aparte las fotografías de Karl Klast, no hay carta ninguna, y sólo cuadernos de clase.

—Si ella es su amante y cómplice, no será tan necia como para guardar ningún, escrito comprometedor. Es puro trámite lo que aquí estamos llevando a cabo.

—Fíjate qué dibujos más raros. Un diablo sentado, apoyando los codos en las rodillas y la barbilla en los puños.

—¿Un diablo? —dijo el otro, inclinándose sobre el hombro de su compañero y mirando la hoja dibujada—. ¿Por qué un diablo?

—Pezuñas, rabo y estas alas dentelladas, es así como algunos artistas representan a Satán. Oye, estos dibujos me escaman. No son muy propios de una colegiala en convento de monjas.

—Mejor será llevárselo a Lefranc. Él sacará jugo a esto, que podría muy bien, ser un criptograma.

Por la ventana del dormitorio hacía ya cinco minutos, que Kurt Klast había entrado, ocultándose tras la cortina de cretona del ropero hecho caseramente con madera de cajones.

Oía claramente los comentarios de los dos agentes. Tenía que impedir que se llevaran el cuaderno de dibujos calcados de las cartas de su hermano.

Los diez años pasados en la selva, desafiando toda clase de peligros, y los dos que en Europa llevaba, escabulléndose al sentirse examinado con recelo, habían desarrollado en él un arte combativo y rápidamente eficaz.

—No queda va nada por ver —decía uno de los agentes.

—¿Qué ruido es éste? —preguntaba el otro, con entonación repentinamente alerta.

—Proviene del dormitorio. Algún gato…

—Voy a ver —replicó el otro, que en prevención sacó su pistola. Entró con cautela mirando a su alrededor, y, de pronto, gritó—: ¡Eh, Luc, fuego!

Corrió hacia los cortinales, en cuyo pie había una lámpara caída, y donde las llamas mordían ya la tela. El otro agente acudió corriendo, y ambos, afanosamente, se dedicaron a sofocar el fuego, iniciado por Kurt Klast.

Después de unos minutos, ambos agentes se secaron el sudor, contemplando la chamuscada tela.

—Tú derribaste esta lámpara, torpe.

—Yo, no. Se caería, porque la dejaría en equilibrio inestable.

—Bueno. A lo nuestro. Me parece que he oído un ruido como de respiración.

—Estamos nerviosos. La fama de Karl Klast nos tiene desconcertados. Vamos, Luc.

Rabiosamente, al cabo de unos instantes, Luc masculló:

—¿Dónde metiste el cuaderno de los dibujos estrambóticos?

—¿Yo? Aquí, estaba sobre la mesa.

—¡Maldita sea! El fuego… y el cuaderno desaparecido. ¡Esto ha sido obra de algún cómplice! ¡Corre, avisa por teléfono que acordonen el barrio!

* * *

Apareció Kurt Klast bajo el puente.

—Tengo la libreta, Flora. Ahora tenemos que irnos deprisa de este barrio. Seguramente lo acordonarán. Aunque, bien pensado,

sería mejor que usted se quedara. No corre peligro… y lo correrá, si escapa conmigo.

—¡Quiero ir con usted, porque quiero volver a encontrarme con Karl! No le estorbaré. Haré cuanto usted diga.

—Vayamos a un cine de noticiarios. Allí no nos buscarán. Pero a otro barrio.

Por los muelles bajos del Sena, caminaron apresuradamente, Ella se cogía de su brazo, y por fin se sentaron en un «Roxy». Cuando se hizo la luz, Kurt Klast examinó el cuaderno de dibujos, comentando, al ver repetidamente el que representaba un diablo pensante:

—Desde pequeño, Karl dibujaba siempre con preferencia este diablo. Decía que era la conciencia atormentando al hombre bueno, cuando cometía mi delito.

Miró la última página, y, con los dedos tecleó sobre el brazo de su silla los compases de notas del pentagrama.

Después, silbó lentamente, y, por fin, dijo:

—¡Tonkín! Sí, en la Indochina francesa. Hay tres ríos, llamados el Negro, con sus afluentes el Rojo y el Claro. Las rayitas significan los arrozales. Y la música es «La Pequeña Tonkinesa». Es la música de los legionarios franceses, muy antigua que luego se popularizó hasta convertirse en canción de *cabaret*. Se la he oído cantar a Josefina Baker. ¡Karl ha ido al Tonkín! ¿Para qué?

Ella forzó una sonrisa, y murmuró:

—Lo que debemos preguntarnos es: ¿cómo llegaremos nosotros dos al Tonkín?

Volvieron a apagarse las luces, y Kurt Klast no veía nada de lo que desfilaba por la pantalla. Trataba de pensar en los medios seguros de escapar de Francia, y continuar su búsqueda.

Tonkín, la tierra, de Annam. Miles y miles de millas lejos. ¿Y qué estaría haciendo por allí Karl Klast?…

CAPÍTULO III

HACIA TONKÍN

El *paquebot* francés que había zarpado de Marsella hizo cuatro escalas. La primera en Túnez, donde recogió otro contingente de legionarios destinados a Tonkín.

La segunda en Suez, donde también subieron a bordo otro centenar de legionarios. La tercera en Pondichery, y ahora avistaba ya el golfo de Tonkín.

Fue un veterano, legionario desde sus dieciocho años, que, curtido en viajes y luchas, sacó su armónica y empezó a soplar una tonadilla, muy pegadiza y sensiblera…

Estaba sentado en medio de una docena de legionarios, que empezaron a cantar la letra de la antigua canción de guerra annamita:

«¡Ah, qué bonito país, señoras!
Es el paraíso de las mieles,
porque allá son bonitas y fieles.
Apenas desembarqué, me hice el amo
de una pequeña mujercita del país,
que se llamaba Me-la-olí…».

Los legionarios, riendo, repitieron, a coro:

«¡Me-la-olí, Me-la-oli!…».

El viejo legionario atacó el segundo estribillo:

«Me chalé por la peque… pequeñita;
es una anna… una anna… una annamita.
Es tan risueña y encantadora,
como una avecilla cantora.
Yo la llamo mi tigresa,
a mi tonton, tonkiki, Tonkinesa;
y aunque a muchas quiero,
es a ella siempre a quien prefiero».

Un oficial, en el puente de mando, junto al capitán del barco, comentó, con cierta pena:

—Mejor que canten. No saben el infierno que les espera.

—Y si lo saben, prefieren cantar. Dígame, teniente: ¿qué hay de cierto en esto de que son alemanes los que están armando y soliviantando a los annamitas contra nosotros?

—Del árbol caído, todos hacen leña, capitán. Los alemanes perdieron la guerra, y a la que surge algún conflicto, ellos pagan el pato.

—No obstante, hay muchos huidos de la Gestapo en Indochina.

—Por espíritu militar, son incapaces de traición, y casi diría que luchan mejor que los demás. Dimos amplia entrada a los alemanes en nuestra Legión Extranjera, y créame, capitán, están a gusto, porque son fundamentalmente soldados. Nos está prohibido señalar, pero yo sí que le podría a usted decir qué potencia y dinero es el que mueve a rebeldía a los tonkineses.

—En mi último viaje dijeron que quien acaudillaba a los rebeldes era una hermosa mujer…

—¡Bah, capitán, no sea romántico! ¿También usted, como los legionarios, sueña en «Pequeña Tonkinesa»?

El viejo legionario limpió su armónica, la introdujo en su bolsillo y tocó en el codo a un compañero, señalando con la mirada a un legionario que, acodado a la borda, dibujaba a punta de cuchillo sobre la madera.

—Ya está el dibujante creando obras maestras. Si con las balas dibuja tan bien, será pronto condecorado.

Se levantaron algunos, y el viejo legionario se acercó al que se había enrolado en Suez, con el nombre de Roger Charles.

Miró el dibujo, y preguntó:

—¿Qué es, Charles? Parece un vampiro o un murciélago con dolor de barriga.

Karl Klast sonrió amablemente y con la misma hoja del cuchillo empezó a rascar el reciente dibujo.

—Quiere ser el Diablo pensativo, después de su caída del Cielo, y cuando le han arrojado del Paraíso.

—¡Ah, ya! Nostalgias, ¿no? Has abandonado París, el paraíso, y estás meditando en el infierno.

—Quizá. ¿Conoces el Tonkín?

—Estuve hace doce años de guarnición en Hanoi. Es simpático. Ellas son muy cariñosas y ellos no son de fiar. Parecen incapaces de romper un plato, pero cuando se les enciende la sangre, por lo que sea, ríete tú de…, ¿quién te diría yo?…; ríete tú del más bestia de los verdugos de la Gestapo.

—Siempre la Gestapo en la boca para citar bestialidades.

—Es que han desacreditado mi tierra —dijo el viejo legionario —. Me llamo, y de verdad, Otto Wolf. Tengo, pues, derecho a opinar sobre la Gestapo, ¿no te parece?

—He observado que buscas hacerte amigo mío, Otto Wolf. ¿Por qué?

—Porque tengo pupila, y adivino en ti a un hombre cabal, no un tipo como todos ésos, que se han enrolado, la mayor parte, para poder comer caliente, sin pensar demasiado en que el calor les puede entrar por la barriga en forma de bala. ¿Eres alsadano, Charles?

—Llevo de legionario dos semanas, Wolf. Y me he leído el párrafo de las ordenanzas que dice: «Al enrolarse en la Legión, la patria del legionario es la humana, y no se le interrogará sobre sus antecedentes ni raza».

—Eso era antes —rió, mordazmente, Otto Wolf.

—Yo me salvo de interrogatorios porque hace veintidós años que estoy enrolado. Pero ahora pululan por los campamentos legionarios agentes del
F. B. I.
, del D. B. y de todos los Servicios Secretos. Temen siempre que

entre los legionarios haya cómplices de la Pequeña Tonkinesa.

—¿La Pequeña Tonkinesa?

—No me refiero a la cancioncilla, sino a la que capitanea todos los grupos de rebeldes annamitas que de vez en cuando asoman y despachan a legionarios, acribillándolos por los arrozales, o asaltando algún puesto avanzado, y dejándolo en ruinas humeantes.

—Interesante. ¿Por qué me cuentas todo esto, Wolf?

—Escucha, hijo. Aquí, en esta peste de Legión, nos metemos los desesperados, sin otra capacidad que la de matar y hacernos matar. Pero tú eres de otra clase. Y si yo fuera curioso, me gustaría saber qué ha sido lo que te impulsó a enrolarte.

—¿Qué edad tienes, Otto Wolf?

—Cuarenta cabales, y parezco tener sesenta.

—Me extraña que hayas llegado a una edad tan avanzada.

—¿Por qué? —sonrió Otto Wolf.

—Porque la excesiva curiosidad mata.

—¡Bah! Ya sabes cuál es el grito, nuestro de guerra: «¡Viva la muerte!», que es como decir: «¡Muera la vida!».

—¡A formar, pronto! ¡Alineación rápida! —gritaron los sargentos.

En cubierta del transporte fueron alineándose todos, hasta que, tras las voces de rigor, apareció el coronel-jefe de la expedición.

Habló secamente, en alto la barbilla y sin mirar a ninguno de los que, en postura de firmes, mantenían también la vista a lo lejos:

—La consigna del legionario es estar siempre alerta y en constante servicio. Hemos entrado ya en aguas peligrosas, donde en cualquier instante puede surgir el ataqué. Tenemos informes de que los bandoleros acaudillados por Lien-Sinh, con sus juncos piratas, rondan. Se establecerá un turno de guardia como campamento en pie de guerra. Hago saber a los enrolados sin experiencia, que será mi triste deber freírle los sesos de un tiro al que, estando de guardia, sea sorprendido distraído. ¡Nombren turnos!

Poco después, Karl Klast preguntaba a Otto Wolf:

—¿Es Lien-Sinh la Pequeña Tonkinesa?

—No. Lien-Sinh es un viejo pirata temible, que opera por el mar. Es el padre de la Pequeña Tonkinesa, que, a su vez, hostiga por tierra. Los dos se quieren mucho, y hay que reconocer que son endiabladamente listos y valientes.

El transporte llegó sin novedad al puerto de Tonkín. No aparecieron los juncos piratas de Lien-Sinh. Empezó en el cuartel el adiestramiento monótono para capacitar a los legionarios en la difícil guerrilla de expediciones por arrozales, fangosos pantanos y tupida, selva. Karl Klast, bajo su nombre de Charles Roger, era un vivo ejemplo de disciplina y marcialidad. Iba intimando con Otto Wolf, y rehuía todo trato con los demás legionarios alemanes.

* * *

Kurt Klast tocó en el brazo a Flora Leduc, que se estremeció porque su pensamiento se hallaba muy lejos.

—Debemos salir de aquí. Va a terminar la última sesión.

—¿Dónde iremos?

—Hemos de separarnos, Flora, porque estarán buscando a todas las parejas que a estas horas circulen por las calles de París. Usted alójese por esta noche en un hotel de tantos, en que no le pedirán papeles.

—No tardarían en dar conmigo. Mis nervios están deshechos, Kurt, y no me deje sola, se lo suplico.

Era tan completa la expresión de desesperanza y tristeza de ella, que Kurt Klast sintió compasión, y, cogiéndola del brazo, replicó:

—Bien. Trataré de pensar un medio de salir de París. Mientras, iremos a un sitio concurrido. ¿Sabe usted de algún club nocturno con palcos? Podríamos esperar allí la madrugada, y tal vez, mientras, encuentre algún medio de que escapemos.

—El *cabaret* de *Lady* Patachou está cerca.

Nadie se fijó en la pareja que entraba, porque los numerosos espectadores reían escuchando a Maurice Chevalier en su canción. Se instalaron en un palco, discretamente velado a la visión de los demás por un enrejado.

Encargó Klast una cena y champaña. Al irse el camarero, sonrió:

—No se desanime, Flora. Verá como encuentro el medio de salir de París. Ahora cenaremos animosamente, y el champaña le dará optimismo.

Media hora después, Kurt Klast se levantó.

—El único medio es el que voy a intentar, Flora. Es arriesgado, pero no cabe otro recurso. Queremos ir al Tonkín, ¿verdad? Pero primero hemos de salir de París.

Rompió en dos la minuta del servicio, y entregó una mitad a su compañera de aventura.

—Si logro lo que me propongo, usted siga al que le traiga esta otra mitad. Y finja estar mareada, ¿comprende? No me pregunte, Flora. Si quiere volver a ver a mi hermano, limítese a obedecerme.

Salió Kurt Klast, adoptando en el corredor el aspecto de un hombre que ha cenado abundantemente y con profusión de bebidas.

Se dirigió a la salida posterior, donde se alineaban algunos coches. Se reclinó contra el guardabarros de un «Delage», fingiendo que no encontraba la manecilla.

Un chofer se le acercó; y solícito preguntó:

—¿Le pongo el contacto, señor?

—Eso es… —murmuró Klast con voz estropajosa—. Fraternidad y concordia. Póngame contacto con toda la humanidad doliente y ansiosa de buena voluntad. Me han cambiado el sitio del volante.

—Está aquí, a la derecha, señor —dijo el servicial chofer.

Instalóse Klast al volante, y se dio una palmada en la frente:

—Me he dejado el sombrero en el palco número… ¿Qué número era? A ver, a ver… —Y sacó la mitad de la hoja del *menú*—. El catorce. Y también llevaba otra cosa además del sombrero. ¡Claro, mi esposa, caramba! Oiga, amigo bondadoso y de cara muy conocida… Sea bueno, y lléguese al palco catorce, entregándole esta mitad de hoja a mi esposa. Ayúdela a venir, porque creo que la pobre ha bebido demasiado. Cosas que pasan muy a gusto, ¡caramba!

—Esté tranquilo, señor. Ahora mismo vendré con su señora.

En el volante, Kurt Klast notaba sus manos sudorosas, pese al frío reinante. Si aparecía el propietario del «Delage», tenía ya pensado lo que le tocaba hacer.

Regresaba el chofer sosteniendo por un codo a Flora Leduc, cuyo titubeo en el andar no le costaba mucho fingir.

—Hola, hola, querida mía. Entra ya, que te vas a resfriar. Gracias, mi buen amigo mío. ¿Vamos a tomar una copa de champaña dentro?

—Será mejor que se vaya a casa, señor.

—Eso es, eso es. A casita. Tome este billete, a mi salud.

Pisó Klast el embrague y el coche arrancó. Describió la curva, saliendo del aparcamiento. El «Delage» penetró en la arteria principal de los bulevares.

Y entonces percibió que a su lado Flora Leduc, sollozaba quedamente.

—Valor, Flora. No nos buscarán en un coche así, pero ahora sería mejor que usted se escondiera en los asientos posteriores. Hágalo ahora mismo, que estamos en este trecho poco iluminado.

Ella subió al respaldo, y deslizóse atrás.

—Esperemos que los propietarios sigan divirtiéndose unas horas más. De todos modos, tendremos que abandonar este coche, cuando estemos fuera de la ciudad.

Pasaba ya bajo los arcos de la Puerta Madeleine, cuando describió un rápido giro al volante, penetrando por una callejuela lateral. Había visto dos motocicletas policiales detenidas, enfocando la calle principal, y otros gendarmes a pie, rodeando un coche, a cuyo conductor debían estarle pidiendo la documentación.

Detuvo el «Delage» ante un pequeño bar en cuyo mostrador el dueño se dedicaba a beber lentamente una copa de Calvados.

—Quédese como está, Flora. No tema nada. Volveré enseguida.

Penetró en el bar, sentándose en una mesita desde la que veía el coche. Acercóse el dueño:

—¿Qué tomará el señor?

—Deme un coñac.

Todas las salidas estaban vigiladas. Era imposible salir en el coche. Miró las paredes, y un cartel llamativo le atrajo:

«La Legión Extranjera os llama. Buena paga y ascensos. Hermoso viajé. La Indochina es el país del porvenir».

—Hace frío esta noche —comentó el dueño, colocando la copa

en la mesa.

Y miró también hacia el cartel:

—Allá hará más calor, pero prefiero estar aquí.

Kurt Klast decidióse a jugarse el todo por el todo. Sacó de su bolsillo un fajo de billetes. Eran dólares.

Lo puso sobre la mesa y dijo, dura la voz:

—No he matado a nadie, pero tengo que escapar de París. Hay aquí ochocientos dólares. Para usted si me facilita el medio de poder escapar con mi novia.

El tabernero deslizó una mirada hacia el fajo. Se pasó la lengua por los labios, y después miró el cartel de enrola a la Legión.

Contempló el rostro de Kurt Klast, y replicó:

—No, usted no tiene cara de asesino. Pero yo…, hasta hoy…

—¡Le juro que no somos asesinos, ni siquiera maleantes!

—Le creo. Pero yo…, hasta hoy… —Y de pronto, como si se zambullera en un río agitado, masculló—: Tengo la esposa enferma, y se me han acabado los ahorros. ¿Es suyo el coche?

—No. Lo cogí delante, del *cabaret* de *Lady* Patachou.

—Pues llévelo lejos de aquí, y abandónelo, en cualquier lugar. Su novia puede entrar, y esperarle en una habitación del piso alto. Por la madrugada, allá hacia las cinco, vienen los camioneros del pescado. Los que van a recogerlo a Marsella. Llevan allá barriles de cerveza. Lo dejo a su cuenta y riesgo. A las cuatro pueden los dos meterse en alguno de estos camiones. Los barriles son grandes. Vacíe uno…, en fin, compóngaselas. Yo le conduciré al garaje donde están los camiones. Comprenderá que soy el primer interesado en callarme. Que venga ahora su novia, y usted llévese el coche.

Kurt Klast desprendió cuatro billetes del fajo y los tendió al tabernero, que negó con la cabeza:

—Me los dará cuando esté ya en el camión.

Kurt Klast condujo el «Delage» hasta el bulevar principal, frente al *cabaret* de *Lady* Patachou. Cogió un tranvía, permaneciendo en la plataforma, y cambió por dos veces de vehículo, hasta llegar de nuevo a la taberna cercana a la Puerta Madeleine.

El tabernero cerró tras él la puerta metálica.

—Pueden dormir hasta las cuatro. Les despertaré.

En la pobre habitación, Flora Leduc trató de sonreír cuando Kurt Klast entró.

—Duerma, un poco, Flora. Yo vigilaré, pero tengo confianza en este hombre.

Explicó el medio de evasión que le había expuesto el tabernero. Ella cerró los ojos, adormilándose, mientras Klast, tendido en un sofá duro y cuya cretona estaba deslucida, seguía viendo mentalmente el cartel de alistamiento.

Salió de la habitación, y apenas había, recorrido, dos pasos, abrióse otra puerta y apareció el tabernero, con un quinqué en alto.

—Le buscaba. ¿Para enrolarse en la Legión qué documentos piden?

—Ninguno. Si está usted fichado, lo descubren allá en la Indochina. También enrolan enfermeras con las mismas condiciones. Pueden dar los nombres que quieran. Pero, recuérdelo, al llegar al Tonkín, más tarde o más temprano, si está fichado le cogerán.



...y le arrojó a los ojos el contenido caliente...

—Gracias, Puede estar seguro de que si nos cogen no le mencionaré para nada.

—¿No puede dormir, verdad? Yo tampoco. ¿Sabe jugar a las damas? No hay nada mejor para calmar la tensión nerviosa.

A las cuatro de la madrugada despertó Klast a Flora Leduc. Por patios traseros de la manzana donde estaba el café, el tabernero les

condujo al garaje.

—A esta hora el vigilante nocturno está de ronda al otro lado. Tardará media hora.

En el obscuro garaje la linterna alumbró, cinco camiones «Delahave». Alzó el tabernero la lona posterior de uno de ellos.

—Es el camión de Lasticot. Es un tranquilóte. Aquel mismo barril puede servir. Ayúdeme a vaciarlo en cubos, que arrojaremos por el vertedero. Cuando quéde vacío, usted levante la tapa y seque el interior con esos trapos. Por la espita tienen respiradero. Y deje la tapa dispuesta para cuando entren en el garaje marsellés, aunque será mejor intente escapar antes. Me voy, y buena suerte. No me remuerde la conciencia, porque ustedes dos no tienen aspecto de mala gente, sino de circunstanciales perseguidos por algún error. Deme sólo quinientos dólares, y guárdese el resto, que le puede hacer falta.

Kurt Klast, impulsivamente, tendió la diestra, que el otro estrechó.

—Gracias, y Dios le bendiga. No hace usted ninguna mala acción, se lo juro. Mañana los periódicos dirán que el verdugo de la Gestapo Karl Klast ha huido. No soy yo, créame.

—¿Por qué me ha dicho esto?

—Para evitar que usted, al leer el periódico, confiese… ¡Por lo más sagrado le juro que no soy Karl Klast! Es… mi hermano gemelo.

—Adiós, y buena suerte.

Media hora después el ancho barril vaciado contenía a los dos, sentados. Kurt Klast murmuró:

—Procure dormir, Flora. Cuando lleguemos a Marsella iremos al centro de enganche de la Legión Extranjera. No piden papeles. Usted se alistará de enfermera, y… ¡hacia Tonkín!

Fueron horas de intensa inquietud las que iniciaron el viaje, con sus paradas, las voces de los camioneros, los comentarios de los gendarmes que detenían el camión, las bromas del conductor…

Atardecía, cuando Kurt Klast anunció:

—Es hora de abandonar el camión. Prepárese a saltar cuando aminore la marcha en algún viraje.

Pero la cinta asfaltada producía vértigo corriendo bajo las ruedas del poderoso vehículo lanzado a toda velocidad.

De pronto oyóse un pitido lejano y agudo. Chirriaron los frenos y se oyó la voz contrariada del conductor:

—¡Tú tienes la culpa! —le reprochaba a su acompañante—. El aperitivo que te tomaste en Juvisy nos hace ahora esperar en el paso a nivel.

La barrera estaba cerrada, y el camión, detenido, tuvo que esperar. Deslizáronse Flora Leduc y Kurt Klast silenciosamente, hasta internarse por entre la arboleda próxima.

* * *

El capitán del Banderín de Enganche, en Marsella, contempló sin gran amabilidad al hombre que acababa de entrar.

—Tengo entendido que es usted policía —dijo.

—Agente del «D. B.» —corrigió Arthur Lefranc.

Llevaba grandes gafas negras, ocultando tras los obscuros cristales las hinchazones, producidas por el caliente brebaje que le arrojara al rostro Kurt Klast. Puso sobre la mesa dos fotografías:

—Le ruego me confirme si esta mujer y este hombre se han enrolado esta tarde, capitán.

—No se retratan aquí a los que vienen a enrolarse.

—Eche un vistazo, ¿quiere? Se trata de Karl Klast, el verdugo de la Gestapo, y ella es su amante.

Miró el capitán, y admitió, a regañadientes:

—Sí. Están ya a bordo del transporte «Guépard», que zarpará mañana. ¿Va a detenerlos?

—Oh, no. Era una simple comprobación. Me interesa saber qué conspiración se estará fraguando en Tonkín, apenas llegue Karl Klast. Obtendré una cabina especial a bordo del transporte «Guépard».

CAPÍTULO IV

LA MUERTE DE LIEN-SINH

Los largos juncos de alta borda y los anchos sampanes, que parecían estar a ras de agua, eran las moradas flotantes de la mayoría de los annamitas, que por todo el golfo de Tonkín, en sus bahías e isletas, manejaban redes para obtener el pescado que les servía de alimentación y para trueque con los agricultores, que les entregaban a cambio, el preciado arroz.

Por las noches se formaban verdaderas ciudades flotantes, al anclar prietamente juntos los sampanes, mientras los juncos manteníanse algo separados del litoral.

Un adolescente de largas trenzas aceitosas y caminar femenino, con suave sonrisa, iba de una embarcación a otra, deteniéndose en alguna, y murmurando simplemente al oído de dos fornidos pescadores:

—Lien-Sinh, medianoche, en la isla Caracola.

Y seguía desfilando por los sampanes, que eran hogares, jardines, corrales y acuarios, por entre gruñidos de perros, cerdos y cacareos. A mil olores distintos, superaba el penetrante de los bastoncitos de incienso quemados ante las plaquitas de jade de los antepasados.

En la isleta Caracola, a dos millas de la larga costa serpenteante, llena de acantilados y entrantes, se celebraba un matrimonio annamita. Era en realidad la apariencia tras la que el guerrillero Lien-Sinh, el pirata. Convocaba a sus adictos.

Los invitados a la boda se reunían en dos apretadas hileras a lo largo de la playa sur, que daba frente a la costa. Reían con frecuencia, porque los annamitas gustaban de la risa y las canciones maliciosas.

Siguiendo el rito, el novio entonaba una improvisada copla:

«Busco la perla de jade,
buscó el loto de oro.
Mi casa es como una pagoda,
feliz la virgen que me de su tesoro».

La novia, sonriente, replicaba, en dulce cantinela:

«Eres hermoso, pero mientes como el mirlo,
tu casa es una vieja calabaza agujereada,
y la que en ella por desgracia entre,
guardará sus ojos para admirarte;
pero tendrá que coser su boca,
porque nunca comerá».

Las risas hendían los rostros, con ingenuo placer. El novio continuaba:

«Pero si tú, más preciosa que él jade,
tú, más brillante que una concha de oro,
te dignas entrar en mi casa,
será para ti más bella que el palacio
del Gran Emperador del Jade».

El festejo continuaría así incansablemente, relevando a los dos cantores todos los invitados, con alusiones y entre grandes risas.

En el litoral norte, frente al mar abierto, agrupábanse otros annamitas. Ostentaban ceños serios, y cuando apareció el junco azul, color de mar todos a una se levantaron, cruzando ante el pecho las manos.

Se prosternaron al acercarse Lien-Sinh, el pirata. De mediana estatura, ojos crueles y recia musculatura, Lien-Sinh era el Vencedor, el Inapresable.

Sólo tenía cuarenta y cuatro años, pero hacía ya veintidós que su cabeza estaba a precio. Había estudiado en el «Lycée» de Hanoi, y era hombre culto, por lo que despreciaba los florilegios de la habitual conversación annamita, pero los empleaba para los «seres inferiores».

No eran sus cabellos del color de la laca, ni llevaba moño, como los pescadores. Su cabellera era rizosa y densamente roja.

Se formó en torno suyo un apretado círculo de respetuosos oyentes. Lien-Sinh entrecruzó las manos sobre el estómago, y habló guturalmente, centelleantes de odio los extraños ojos verde-violeta:

—¿Qué es combatir entre los arrozales y sangrar unas decenas de uniformes? Es una gota de agua que no aplaca la sed. ¿Qué es asaltar pequeñas fortalezas, con sólo un pelotón de uniformados? Es una espina de diminuto pez para el hambriento.

A cada respuesta que él mismo se daba, todos asentían en grave cabezada. Prosiguió, en tono soberbio, iracundo:

—¿De quién son los miles de acantilados del Tonkín? ¿Para quién palpitan sobre las aguas azules las alas dentadas de los sampanes? ¿Los terciopelos de nuestras flores, para quién destilan aromas? Para el annamita, y sólo Tonkín será annamita, cuando yo, vuestro cabecilla, hunda mi yatagán en el mezquino corazón del último francés. Pero hemos dejado crecer la serpiente y alimentarse. Nunca la ahogaremos si permito yo que sigan alimentándola. No debemos ya atacar los anillos de la serpiente, al deslizarse entre los arrozales y los acantilados, sino morderla en el cuello, por donde se alimenta.

Hizo una pausa y señaló el azul turquesa del mar en la noche.

—Por allá se acerca el alimento de la serpiente. Un gran junco con máquinas, que el francés llama «Guépard», que significa «Leopardo». ¿Qué hazaña mayor queréis? ¿Cómo hacer que vuestros antepasados se sientan más orgullosos de vosotros? Fue Bao-Tho, el pequeño annamita, quien, con su astucia y su fuerza, derrumbó

el gran templo pagano. ¡Yo os llevaré a repetir esta gran hazaña! ¡Yo hundiré mi yatagán en las máquinas y las aguas de Tonkín tenderán su sudario encima de cientos de franceses que vienen a engrosar la odiosa serpiente que mancha nuestro suelo! El «Leopardo» se acerca, y no han de pasar tres horas antes de que su proa orgullosa pretenda hollar estas aguas. ¡Lo hundiré!
Lien-Sinh
se acarició la corta barba rojiza, y se dignó reír:

—Todos os estáis preguntando: ¿Cómo el poderoso e invencible
Lien-Sinh
será capaz de hundir un junco tan alto, aun contando con todos nosotros? No sería yo el Gran Pirata de Tonkín, si no os diera pronta respuesta, y con vuestros ojos vierais, dentro de poco, cómo cumplo lo que me propongo. Necesitaré dos annamitas que volarán lejos llevando un mensaje a sus antepasados, a los que dirán: «Hemos renacido como guerreros inmortales, porque fuimos la piedra que encendió el gran junco». Sí, dos de vosotros morirán cerca del amanecer, con la más gloriosa muerte. No quiero nombrarlos, porque parecería favoritismo. La suerte de los dioses decidirá. Ahora la luna se oculta, porque gruesa nube está andando sobre nuestras cabezas. Dejad todos en el suelo vuestros cuchillos, y cuando luzca su plata, la luna, besando los dos primeros cuchillos, designará a los elegidos. Espaciad tres pasos cada hoja de bien templado acero.

Pasaron unos instantes, y la nube fue descorriendo su velo. Un destello arrancó fulgor a un acero, después a otro, y por fin a todos.

Los poseedores de los dos cuchillos que primero habían sido bañados por la luz lunar se arrodillaron, elevando los brazos en acción de gracias. Lien-Sinh explicó:

—Los dos elegidos surcarán con el sampán preparado las aguas, hasta aproximarse al gran junco francés. Yo les explicaré qué deberán hacer con la gran caja con mecha, cuando estén bajo la borda. El gran junco se abrirá por un lado, y entonces, al detenerse sus máquinas, todos los sampanes, auxiliados por mi junco, lanzarán las lianas con garfios, y los yataganes sembrarán la muerte en los que a bordo del gran junco averiado queden respirando.

* * *

Arthur Lefranc, el agente del «D. B.», no salía para nada de su cabina. Fracasaría su misión si fuese visto por la enfermera Flora Leduc, o el legionario Klast, que habían dado otros nombres.

Las enfermeras se alojaban en las cámaras de primera, y sólo de cuatro a seis de la tarde tenían permiso para pasear por todas las dependencias de la nave.

Durante la travesía, Kurt Klast sentía confusión y una sensación de íntimo remordimiento. Se reprochaba el pensar con demasiada frecuencia en la suave belleza, la dulzura femenina y el nimbo de pureza que emanaba de la presencia física de Flora Leduc.

Y a medida que el «Guépard» avanzaba hacia el golfo de Tonkín, ella parecía renacer, recobrar los colores de vitalidad y la sonrisa.

El atardecer anterior a la entrada del transporte en la gran bahía de Tonkín, Flora Leduc, apartada en el lugar escogido, una lancha, junto al nuevo legionario, comentó riendo:

—Siempre me produce desasosiego el verte, Kurt, porque eres tan igual a él.

Secamente, él replicó:

—Los rostros pueden ser iguales, Flora, pero lo que debes tener en cuenta son las almas, los sentimientos.

—Es que tú también eres muy bueno conmigo. Hay varias enfermeras que me envidian. Creen que nos hemos hecho novios, y dicen que eres el más apuesto y guapo de los legionarios.

—En eso eres muy femenina, Flora, pensando en frivolidades, cuando nos espera un gran problema.

—Confío en ti, y tú lo resolverás todo, como hasta ahora.

—Al llegar, tenemos que huir. No podemos ingresar en los alojamientos militares, porque allí hay agentes del contraespionaje.

—Tú lo resolverás todo, Kurt. Desde que murieron mis padres, sólo tú, además de tu hermano, habéis logrado darme la sensación de estar por completo protegida.

Con esfuerzo, Kurt Klast murmuró:

—Pronto verás a Kart, y entonces yo saldré de dudas.

—¿De qué dudas?

—Karl no puede ser el verdugo que el contraespionaje pretende.

Pero calló que sus dudas más recientes y obsesionantes consistían en que era su deber decirle a Karl, cuando lo viera, que estaba enamorado de Flora Leduc.

Después de la cena, como siempre, fue nombrado el servicio, que aquella noche fue triplicado.

Kurt Klast quedó de servicio en el turno de cuatro a seis de la madrugada, en la ametralladora octava del grupo de babor.

Hacía ya varios días que el transporte avanzaba continuamente entre numerosos sampanes, cuya fragilidad resaltaba aún más al deslizarse junto a la mole del vapor.

El capitán manifestaba la imposibilidad de cualquier ataque pirata, sólo posible antiguamente, y en los ríos, o en plena mar, contando con veleros grandes.

Kurt Klast, a la madrugada, sentado en el sillín, como era su obligación, miraba las numerosas isletas que jalonaban como en collar la costa. Ya no constituía espectáculo la abundancia de sampanes y algún que otro junco. No obstante, examinó con curiosidad el junco azul, cuyo color armonizaba con el denso y obscuro mar.

Y súbitamente pareció que una horrible tormenta acababa de estallar, anunciándose con un trueno de horrísono estrépito.

El «Guépard» escoró de estribor, entre humaredas y astillas, penetrando el agua por el enorme boquete abierto por las cajas de dinamita encendidas al tocar la banda de casco, por dos annamitas suicidas.

Reinó la confusión, y el transporte, después de escorar, quedó rodeado de sampanes y de dos juncos. Cayeron en lluvia incesante garfios sobre los puentes y por las cuerdas trepaban, como ágiles monos, los piratas de
Lien-Sinh
, lanzando aullidos combativos.

Llevaban muchos de ellos pistolas ametralladoras y fusiles. En cabeza
Lien-Sinh
, con furor, sembraba la muerte con su ametralladora, que vomitaba fuego y plomo en ráfagas circulares.

La explosión había hecho caer del sillín a Kurt Klast, que rodando fue a chocar contra una borda. Al recuperar él sentido, se puso en pie, y se halló frente a
Lien-Sinh
.

Saltó sobre él, levantando en alto su fusil-ametrallador, para impedirle que disparara.

Forcejeó mientras desenvainaba su bayoneta, cuya punta hincó en el cuello de Lien-Sinh.

Dos guardacostas, alertados por la enorme explosión, se aproximaban raudos. En el agua, los que habían sido arrojados por el estallido, trataban de aferrarse a los sampanes, siendo rechazados.

En cubierta, volvía el orden, y los legionarios iban haciéndose dueños de la situación, al retirarse de cualquier manera todos los annamitas, después de haber oído el grito anunciando la muerte de Lien-Sinh.

Caían mortalmente heridos, al ser fácilmente blanco de los disparos legionarios.

Kurt Klast lleno de sangre, corrió en busca de Flora Leduc. Oyó su nombre repetido con angustia. Procedía del mar y se zambulló sin titubeos, al divisar a Flora Leduc, nadando desesperadamente, por entre los sampanes que huían.

Los guardacostas abrieron fuego contra el junco azul, y la muerte fue cubriendo de cadáveres el agua alrededor del «Guépard».

Kurt Klast, enlazando por el talle a Flora, iba dejándose llevar por la corriente hacia la costa.

Entre juncos quedaron chorreantes, solitarios, estremecidos de frío. La corriente iba arrojando al litoral los cadáveres de los fracasados asaltantes del transporte.

Kurt Klast explicó:

—Hemos conseguido fácilmente la huida, Flora. Tenemos, suerte. Ahora será preciso quitarnos esta ropa y revestir la de dos de estos annamitas. Así podremos buscar algún refugio… ¿Tienes frío? Frótate con hierba seca. Karl decía que era lo mejor para entrar en calor. Tenemos suerte, Flora. Pronto encontraré a Karl, ahora.

* * *

Después del breve combate en que los atacantes fueron vencidos y aniquilados, uno de los malheridos consiguió escapar a la matanza, nadando silenciosamente hasta el litoral.

Allí se ocultó, rendido, entre los cañaverales, y los cimbreantes bambúes le dieron refugio, mientras recobraba las fuerzas.

El superviviente, llamado Thi-Bâ, recorrió la distancia que le separaba del palacete donde moraba May-Sinh, la hija de Lien-Sinh.

Arrastróse entre cañaverales, comiendo pequeños tallos de arroz y bebiendo febrilmente la fangosa agua de los riachuelos.

La ancha herida que surcaba su costado estaba obturada por escocientes puñados de hierba ortigara, balsámica. Con las plantas de los pies desolladas, Thi-Bâ, convertido en un harapo humano destrozado, llegó junto al alto muro que rodeaba circularmente el extenso boscaje en cuyo centro se erigían las cúpulas redondas del palacete May-Sinh.

Ayudado para andar con el apoyo del muro, fue deslizándose Thi-Bâ hasta la monumental verja de afilados remates en punta de lanza, y aferrándose a los barrotes los sacudió con sus últimas energías.

Desde la espesura del jardín-bosque, dos chinos del Norte, altos y de rostro siniestro; se acercaron silenciosamente a la verja y vieron colgado de ella al desvanecido Thi-Bâ.

Impasibles, abrieron la pesada reja, y empujando al inanimado Thi-Bâ, cuyas manos parecían incrustadas en el hierro, volvieron a cerrarla, siempre en silencio.

Recogieron del suelo a Thi-Bâ

y se internaron en el intrincado laberinto de frondosa vegetación. De los brazos de los dos chinos pasó el annamita a otros dos semejantes, vigilantes del segundo cordón que garantizaba la seguridad del palacete-cuartel de May-Sinh.

El bosque florido terminaba a veinte metros del edificio, en un riachuelo artificial que a cada diez pasos era cruzado por un minúsculo puente de madera.

A la luz solar, aquel paraje silencioso debía adquirir tonalidades románticas, pero tenuemente iluminado por la luna tenía un aspecto sombrío, mientras el inconsciente Thi-Bâ era trasladado desde el riachuelo a la escalinata de marfil que daba entrada a la mansión de la hija de Lien-Sinh.

En lo alto de la escalinata apareció Kwei-Kong, el chino lugarteniente de May-Sinh, que le había nombrado cabecilla de su cuerpo de guardia.

Desde el anochecer, May-Sinh, cubierto el rostro por tupido velo negro, y vistiendo la larga túnica azul de plegarias, estaba recluida en su oratorio particular, quemando incesantemente barritas de incienso ante sus ídolos, invocando el favor de los dioses para la hazaña que iba a realizar Lien-Sinh.

Cuando le anunciaron que uno de los tripulantes del junco azul quería hablar con ella, May-Sinh, siempre invisible el rostro, arrogante el estatuario cuerpo, abandonó su oratorio y reposadamente atravesó entre dos hileras de chinos que abatieron sus sables e inclinaron la cabeza en señal de sumisión, hasta que llegó a la sala, donde junto a Kwei-Kong

, al verla entrar,
Thi-Bâ
se extendió en el suelo, y, arrastrándose, besó las sandalias de la hija de
Lien-Sinh
.

—Habla,
Thi-Bâ
, porque mis infieles oídos están preparados a lo peor.

—No merezco vivir, reina
May-Sinh
, porque he presenciado la muerte de tu excelso padre.

—Tan fatal nueva la presentí ante la tardanza de emisarios. Tú, que fuiste testigo, me explicarás la muerte del poderoso
Lien-Sinh
, y vuestra derrota.

—Merezco la muerte, porque no supe…

—¡Descríbeme al que osó poner sus viles manos sobre
Lien-Sinh
, el poderoso guerrero que siempre venció!
Thi-Bâ
, con minuciosidad de miniaturista en lacas, fue describiendo acertadamente el aspecto físico de Kurt Klast.

Tras el velo, algo enronquecida, la voz de
May-Sinh
preguntó:

—¿Se hundió el junco enemigo?

—No, reina
May-Sinh
. Siguió viaje con sus uniformados, que ahora se vanagloriarán en la Casa de Armas de Hanoi, de su victoria.

—Gracia,
Thi-Bâ
. Has cumplido con tu deber. Mis antepasados saludarán a los tuyos con agradecimiento. Paz a tu espíritu, porque debes morir, ya que no impediste la muerte del Gran
Lien-Sinh
.

El annamita, arrodillado, ofreció la nuca. May-Sinh levantó la afilada mano de largas uñas, haciendo una señal a
Kwei-Kong
, que a espaldas de
Thi-Bâ
descargó con todas sus fuerzas su yatagán, decapitando al condenado voluntariamente por sí mismo, a muerte.

—Que sirva de pasto a las lampreas del «Arroyo Mateado» —dijo
May-Sinh
, sin dignarse mirar hacia el decapitado.

El «Arroyo Plateado» era el tercer cinturón defensivo del palacete de
May-Sinh
. El poético nombre designaba las aguas del riachuelo donde flotaban pétalos de flores que encubrían con sus blandos vaivenes las profundidades habitadas por voraces lampreas carnívoras.

—Atiende mis instrucciones, Kwei. Todos han de buscar por Hanoi al hombre cuya descripción has oído detalladamente. Recorre tú los infectos lugares de placer y recluta a los hombres que necesites. Pero no has de volver sin este hombre. Yo también iré a la ciudad y con otros servidores buscaré al que ha de morir entre torturas.
Kwei-Kong
empuñó por los sobacos a
Thi-Bâ
entre cuyas manos crispadas habíale colocado la cortada cabeza, e iba a salir con él a rastras, cuando la velada
May-Sinh
añadió:

—Recuerda bien, Kwei, que necesito a este hombre con vida. Su cadáver lejos de los muros de mi mansión, significaría tu cadáver.

—Cumpliré tus deseos, reina
May-Sinh
.
May-Sinh
, «La Pequeña Tonkinesa», ya no regresó a su oratorio. Fue a vestirse a la europea, dispuesta a valerse de sus medios para pronto hallar al culpable de la muerte del invencible

Lien-Sinh

.

CAPÍTULO V

LA FASCINADORA

La hora de paseo de los legionarios de Hanoi tenía lugar por las tardes de cuatro y media a siete y media. Karl Klast en la fila de los libres de servicio, esperaba la salida.

A su lado, Otto Wolf comentó:

—Han muerto ahogados una treintena. Por bala, ciento diez. ¿No has leído la lista de bajas?

—No. ¿Por qué?

—Entre las bajas figura un tal Arthur Lefranc.

—¿Y bien? No conozco a ninguno llamado así.

—Era agente del «D. B.».

—Sabes muchas cosas, Wolf.

—Muchas. A lo mejor venía aquí, para buscar a alguien. A lo mejor, a Ulrich y a Rudi.

Pestañeó Karl Klast. Ulrich y Rudi eran inseparables. Dos agentes de la Gestapo cuyo paradero desconocía. Era la primera vez que Otto Wolf mencionaba aquellos dos nombres.

Se calló, y cuando estaban ya en la calle, dijo:

—Déjame solo, Wolf. Hoy quiero estar a solas con mis pensamientos. Creo… que volveremos a hablar de Ulrich y Rudi.

—A tu disposición. Si quieres un consejo, el mejor sitio para pensar es la peluquería de Yuang. Me recuerda las barberías de nuestra tierra.

Separáronse, y Karl Klast dirigióse a la calle, donde un letrero ostentoso decía:

Entró en una sala de cristales en vez de paredes, donde todos los muebles y los instrumentos tenían frías aristas limpias que recordaban un quirófano.

Tras colgar su teresiana en un perchero, instalóse en un sillón que le señalaba, el único barbero, un sujeto bronceado de grasientos cabellos negros.

Karl Klast se tocó la nuca y después la cara. Las tijeras entraron en función, mientras Karl Klast pensaba en Ulrich y Rudi.

Terminado el afeitado, un paño caliente cubrió el rostro de Klast. Y el peluquero procedió al masaje eléctrico. Entró una mujer.

Vestía un sastre gris, medias de seda del mismo color, zapatos negros de alto tacón y una blusa roja.

Ofrecía su semblante un extraño pero atractivo conjunto. Era Una annamita de ojos alargados en almendra, verdes, curiosamente moteados de toques violetas.

En contraste con la habitual característica oriental, sus labios no eran pequeños ni delgados, sino gruesos y bien dibujados, fuertemente pintados en vivo escarlata. Sus cabellos eran rojos.

Alta, esbelta y mórbida en sus turgencias, pareció ejercer una profunda impresión en el peluquero, quien maquinalmente siguió con el masaje, pero la contempló como fascinado.

Ella llevóse un dedo a los labios, y colocó en el bolsillo superior de la blanca blusa del peluquero un rollo de billetes de Banco.

Siempre en silencio, señalóse ella misma, tocándose con un afilado índice el pecho, y suavemente murmuró en francés, dirigiéndose a Klast:

—¿Manicura, señor?

La voz femenina, coincidiendo con el presto y experto ademán con el que el peluquero retiró el paño caliente, pareció despertar a Karl Klast del agradable letargo en que se hallaba sumido.

Ladeó la cabeza, examinando a la que suponía la manicura.

—También tiene usted derecho a ganarse la vida —replicó.

—Gracias, señor —dijo ella, siempre en perfecto francés.

Trajo una bandejita con los utensilios y cogió una de las manos de Karl Klast.

—Interesantes manos, señor —dijo

May-Sinh
—. Fuertes, musculosas, ágiles. ¿Me permite adivinarle el carácter?

Conservaba ella el rostro inclinado, mientras hábilmente quitaba con las tijeritas-alicates el sobrante de las uñas.

—Inténtelo —aprobó Karl Klast.

Los dedos del peluquero temblaban ligeramente mientras procedían a friccionar con alcohol aromatizado los cabellos de su cliente.

—Usted es hombre de lucha.

—Cierto. Aprendí en cuatro años toda clase de lucha científica y boxeó.

—Tiene un temperamento agresivo y exterminador. Para usted la vida de los demás no importa.

—No se guíe por mi uniforme, que hace suponer que los legionarios sólo viven para matar.

—Son manos de triunfador. Pero hay una línea aquí, en el dorso, que anuncia próximos peligros. Temo decirle lo que leo en este surco.

—No lo tema. Procure no asustarme, y sobre todo teniendo en cuenta que este surco es un arañazo que me produje con un cierre de ametralladora que no encajaba. ¿Por qué se ha sobresaltado?

—Presiento para usted, y perdone los presagios, grandes, torturas que ningún temperamento blanco puede imaginar —dijo suavemente la improvisada manicura y pitonisa.

—Ya sé que en Oriente, en vez de matar limpiamente a los enemigos, prefieren entretenerse con raros tormentos. Pero yo no he torturado a nadie. Por tanto, no me torturarán. Y en esta comarca no tengo ningún enemigo. Pero escuche… Es extraño; mas en sus hermosos labios y en sus raras pupilas apercibo algo indefinible, como cruel amenaza… ¿o será mi poca costumbre de enfrentarme con miradas orientales? No haga caso, señorita. Tal vez es su juego de pitonisa el que me ha puesto nervioso. O tal vez que, sin saberlo, sea yo supersticioso y esté prestando crédito a sus predicciones.

Ella, en silencio, siguió manicurando. Karl Klast admitió mentalmente que una poderosa fascinación se desprendía de la misteriosa manicura. ¿Misteriosa? Ya Otto Wolf le había prevenido que, en Oriente, todo parecía misterioso al principio.

Cerró los ojos, y

May-Sinh
terminó sin más conversación su labor.

—Encantado de haberla conocido —dijo el alemán, al cubrirse, dispuesto a salir.

—Lo mismo digo —replicó ella, sin mirarle.

Apenas, estuvo él fuera, ella corrió a la cabina telefónica, y comunicó con
Kwei-Kong
para que los múltiples enlaces siguieran los pasos del legionario que acababa de salir de la peluquería.

A solas con la hija de
Lien-Sinh
, el peluquero estaba inquieto. ¿Por qué la orgullosa y altiva hija del famoso pirata había descendido a fingirse manicura?
May-Sinh
murmuró cerca de la puerta:

—Si estás a gusto en tu piel, guarda silencio.

Salió ella a la calle. El peluquero pensó si estaría, enamorada del legionario. Pero apartó tal idea, desechándola como ridícula.
May-Sinh
tenía fama de ser la annamita más cruel e insensible de toda la Indochina.

* * *

Karl Klast olvidó a la manicura de ojos verde-violeta, porque seguía obsesionado con Ulrich y Rudi, mencionados por Otto Wolf.

Penetró en uno de los numerosos bares de la arteria dedicada a proporcionar divertimientos a marineros, cargadores del puerto y legionarios.

Acercóse al mostrador del bar. Un largo mostrador donde se apoyaban en una barra larga y sólida sujetos de todas las nacionalidades.

Herméticos orientales, rubios e ingenuos escandinavos, gesticulantes italianos, obesos holandeses, ceñudos españoles, sonrientes franceses y correctos ingleses.

Examinó lentamente a la concurrencia. En algunas mesas veíanse rostros típicamente alemanes, pero buscó en vano el de

Ulrich o Rudi. No se atreverían a deambular por allí, como él lo hacía, confiado en su suerte y en su capacidad para salir de peligros.

Algo le despertó su siempre alerta sexto sentido de lucha. Acababan de aparecer en la puerta cinco individuos, vistiendo todos como cargadores del puerto, llevando en el ancho cinto la placa distintiva de su sindicato.

Los dos primeros, tras mirar en rededor, se tocaron con el codo al divisar a Karl Klast, y uno de ellos hizo una discreta seña a los otros tres que estaban detrás.

Karl Klast apoyó los codos en la barra, doblando los brazos. Uno de sus pies quedo también apoyado en el pasador inferior, mientras el otro quedó dispuesto a accionar prontamente.

Los dos primeros cargadores afectaban hablarse mutuamente cuando se detuvieron a tres pasos de Klast, frente a él. Vestían un grueso jersey gris, gorras de visera caladas hasta las cejas y pantalones azules.

Los otros tres quedaron un poco retrasados. Klast hizo rápidos cálculos mentales. ¿Por qué se preparaban a agredirle? No podían ser agentes del contraespionaje francés, o a lo mejor lo eran.

Para los dos primeros entrevía que una «presa japonesa», doblada con una «patada francesa», les pondría fuera de combate.

Pero los otros tres, mientras, no iban a quedarse inmóviles. Y lanzar el grito de «¡A mí, la Legión!» si era atacado, supondría después interrogatorios en el cuartel, que quería evitar.

—¡A por él! —gritó en francés uno de los cargadores, abalanzándose.

Apenas oída la exclamación, Karl Klast avanzó un paso hacia el que tendía las dos manos en una de las cuales llevaba una cachiporra de goma.

Le asió por las dos muñecas y atrajo hacia sí al sorprendido atacante, cayendo sobre sus propias espaldas y, aplicándole sobre el estómago los dos pies, lo levantó en vilo, mientras sin soltarle de las muñecas servíase de las piernas como catapulta.

El cargador objeto de la presa japonesa proyectóse como un bólido en trayectoria horizontal, pasando por encima del mostrador y estrellándose de cabeza contra un espejo, rompiendo botellas y vasos con estrepitoso ruido.

El segundo, que acudía velozmente, recibió un inesperado puntapié doble, que le alcanzó el estómago y la barbilla. Era la patada francesa, con la que a la vez que Klast volvía a descender las piernas, siempre echado en el suelo sobre las espaldas, se ponía en pie ahora, mientras su segundo adversario desplomábase inerte.

Y fue para los concurrentes un curioso espectáculo ver cómo el hasta entonces indolente legionario se transformaba en un luchador extraordinariamente dinámico.

Los otros tres que acudían en refuerzo de sus dos compañeros fuera de combate agitaban sus cachiporras con vehemencia, pero algo atemorizados ante la facilidad con la cual acrobáticamente «el legionario que debe ser apresado con vida», como había exigido el que pagó, y que era Kwei-Kong, se había deshecho de los dos más forzudos del grupo.

Karl Klast «veía rojo», como decía él mismo, cuando el ardor de la pelea ascendía por sus venas.

Sus largos brazos crearon un fuego de artificio engañador, destinado a aturrullar a los que intentaban rodearlo, pegando puñetazos rápidos en directos, sin otra finalidad que impedir que las tres cachiporras pudieran acercarse.

Los legionarios impidieron a otros concurrentes que intervinieran. Les gustaba ver que uno de ellos daba frente a varios.

Cuando uno de los enviados por Kwei-Kong, inclinado el busto, proyectóse hacia delante, intentando con su cabeza producir un doloroso y efectivo fuera de combate, tomando por meta el estomagó de Klast, éste entrelazando los dedos, alzó los dos puños.

El «golpe de conejo» fue decisivo. Alcanzado en plena nuca, el agresor fallido se aplastó contra el suelo, de bruces, tras un gemido de buey derribado por certero puntillazo.

Pero, ya desencadenado el furor combativo, siempre latente en Karl Klast, saltó y sus dos pies juntos fueron a rebotar contra el bajovientre de otro de los que blandían la cachiporra, con la que, por la rápida esquiva de Klast, habían hasta entonces inútilmente intentado golpear al que debían por obligación bien pagada «apresar con vida».

La doble patada surtió su efecto contundente, mientras Klast, de resultas del saltos caía sobre una mano.

El único en pie, con un grito de triunfo, abatió su cachiporra en la nuca del legionario.

Iba el forzudo patrón del establecimiento a intervenir, dando por descontado que el valiente legionario había tenido la mala suerte, después de un espectacular y rápido combate, de quedar sin sentido, cuando se detuvo sorprendido.

Vacilante como un hombre ebrio, Karl Klast proyectó hacia delante el torso, y su cabeza alcanzó en pleno mentón al que le había golpeado.

Oyóse Un crujido de huesos, y el cargador quinto y último cayó hacia atrás rota la mandíbula.

Karl Klast se cogió la cabeza entre las dos manos y quedóse en pie, tambaleándose.

Cuantos habían asistido a la reyerta veloz y aparatosa, se opusieron a que el patrón del bar saliera al exterior a llamar a la patrulla de vigilancia policial.

—«¡By Jove!» —exclamó un marino inglés—. Los puso «k. o.» el legionario y asunto terminado. Lucha leal y deportiva.

—¿Y pues? —rezongó un achaparrado legionario vasco—. ¿Llamar a la vigilancia, o así? Ni hablar del peluquín.

Karl Klast fue retrocediendo semiinconsciente hasta quedar adosado a la barra del mostrador. El camarero le tendió un pedazo de hielo que le colocó en la diestra.

Ansiosamente, al sentir el frío contacto, fue Klast pasándose el rezumante bloque helado por las sienes, la frente enrojecida y la nuca, en la que parecía tener clavados multitud de infinitos y pequeños alfileres.

Flemático, el patrón del bar fue deambulando por entre los cinco agresores agredidos. El primero, además de romper dos estantes, un espejo y cristalería, tenía la frente abierta.

Lo estaba atendiendo amorosamente el propio patrón, deseoso, cuando recuperase el sentido, de hacerle pagar en moneda contante y sonante los destrozos que había causado.

Los otros cuatro seguían inconscientes.

Karl Klast, cuando se fundió el bloque de hielo en su mano, abrió los ojos estriados por rayitas sanguinolentas, mirando en

rededor.

Los demás legionarios le estaban golpeando los hombros, felicitándole. De pronto, recordó todo lo sucedido. ¿Por qué le habían agredido? Vio a uno de los cargadores que, penosamente, se estaba incorporando.

Lanzóse como un bólido contra él y el aturdido cargador retrocedió. Se encontró acorralado contra la pared, sostenido por debajo de la barbilla por un antebrazo que se le antojó una barra de hierro.

Hincó Klast con fuerza el antebrazo en la garganta del cargador que, en mueca congestionada, asomó la lengua, próximo a la asfixia.

—Vas a decirme por qué me atacasteis —silabeó Klast.

—Or… den… de… Kwei… Kong —fue diciendo entrecortadamente.

Liberó Klast un poco la presa con la que sujetaba al interrogado.

—¿Quién es
Kwei-Kong
?

—Un chino rico… que nos pagó para que te cogiéramos con vida.

—¿Y qué más?

—Y te llevásemos a un coche que estaba esperando fuera. Se fue…

El puño zurdo de Klast resonó huecamente con mate ruido al hundirse en brutal gancho en el estómago del que acababa de hablar.

Y ya desahogado, Klast se enfrentó con los concurrentes:

—Todos vosotros sois testigos de que me atacaron ellos, ¿no es así, patrón?

—Seguro que sí, legionario —aprobó calurosamente el dueño—. Ya me pagarán éstos el gasto con creces. No te preocupes. Mejor que te vayas antes de que venga la policía.

En la calle, Karl Klast sacudió la cabeza, completamente desconcertado, intentando desvanecer por completo los latidos de su frente hinchada.

Pestañeó al oír una suave voz femenina murmurar:

—He visto a muchos hombres pelear, pero a pocos que lo

hicieran con tal maestría, señor.

Vio a la manicura, que añadía:

—Dejé mi trabajo porque Cuando usted salió vi que le seguían unos annamitas sospechosos.

—Todo el mundo me parece ahora sospechoso. Gracias por su interés, señorita…

—Puede llamarme May. Debe usted andar con mucho cuidado, porque uno de los que le seguían en coche hasta aquí era Kwei-Kong.

—Pero ¿por qué este hombre me busca? ¿Quién es?

—Es el lugarteniente de la hija de Lien-Sinh.

—¿La hija de Lien-Sinh? ¿No es la que los franceses llaman «La Pequeña Tonkinesa»?

—Sí. Dicen que es muy peligrosa. Y yo sé… dónde está la casa de Kwei-Kong. Pero usted preferiría olvidar todo esto…

—Ni mucho menos. Aquello que no comprendo, me quita el sueño. Me gustaría que usted fuera tan bondadosa como para acompañarme hasta la casa de este Kwei-Kong que tanto interés tiene en apresarme vivo.

—¿Va usted a ir solo?

—Creo qué ya he demostrado que sé andar solo.

—Entonces… podemos llamar a aquel taxi, y le llevaré.

En el coche, conducido por un annamita, ella dio una dirección. Después, reclinándose contra el respaldo, comentó:

—Está un poco apartado. ¿Le duele mucho la cabeza?

—Algo.

—Reclínese contra mi hombro. Soy masajista también.

Bajo la suave caricia de los largos dedos hábiles, Karl Klast cerró los ojos con agrado. No veía la cruel expresión con la que le estaba mirando May-Sinh

mientras le daba masaje en la nuca y frente.

Murmuró al cabo de unos instantes:

—No comprendo por qué la hija de Lien-Sinh me busca.

—Hay muchas cosas que parecen difíciles de comprender en esta tierra, pero al final siempre llega él extraño a conocer los motivos más impenetrables.

El chófer asintió respetuosamente a la señal de ella, y frenó. Estaban en las afueras, junto a la ribera del río Rojo.

—Allí, aquella casita de la margen —indicó ella.

Karl Klast descendió, y tras mirar la casa señalada, volvióse para despedirse de su dulce acompañante.

Tres sombras se abalanzaron. Una de ellas llevaba un saco, y las otras dos, unos aros formados con cuerda y acero.

El saco encerró la cabeza y busto de Klast apenas con rapidez los dos aros rodearon sus brazos y piernas con destreza muy práctica, inmovilizándole por completo.

Los tres hercúleos chinos cogieron a Klast llevándolo al sampán que esperaba en el río, y remando dirigiéronse al palacete.

Media hora después, Karl Klast, sentado en un duro banco, notaba que sus muñecas y tobillos estaban presos en cercos de hierro. Pero nada veía, cubierta la cabeza por la tupida tela de saco.

Oyó unos pasos acercarse y el rasguño de un cuchillo que cortando el saco, le permitían ver. Y vio a May-Sinh inclinada frente a él, convertido el bello semblante en máscara cruel al decir:

—Vas a morir en infinitas agonías interminables, de torturas dignas de ti, perro asesino del que fue supremo dueño del Tonkín.

CAPÍTULO VI

EL DOGO FRANCÉS

Entre los juncos desnudóse Flora Leduc para frotarse fuertemente con los puñados de hierba, tal como le había aconsejado Kurt Klast, quien ahora regresaba portando al brazo ropas quitadas a ahogados annamitas.

El mar seguía echando a la playa restos humanos y frágiles sampanes sin ocupantes. Entre dos de estos sampanes, sosteniéndose a ellos por la borda, un hombre flotaba.

Era el agente Arthur Lefranc, que al iniciarse el combate había acudido al puente para presenciar lo que hacía el que creía ser Karl Klast. Cuando le vio arrojarse al agua, se zambulló tras él y ahora permanecía al acecho.

Vio como los fugitivos subían a un sampán, penetrando ella bajo el toldo de la caseta central, mientras revestido también con ropas annamitas, Klast empuñaba la larga pértiga remera.

Lefranc encaramóse a uno de los dos sampanes, y a lentas propulsiones, siguió de lejos la estela del sampán que se alejaba hacia el Norte costeando.

Bajo el toldo, Flora Leduc comentó:

—Aun con estas ropas pueden reconocerte, Kurt.

—Esté riesgo estoy corriendo hace ya dos largos años, pero ya se acerca el momento en que podré encontrarme frente a frente con Karl.

—¿Cuál es tu proyecto, Kurt?

—Con el ataque al transporte toda la población será recorrida por patrullas de vigilancia. Es pues, preferible aguardar veinticuatro

horas, y mañana iré a tierra, transitando por la ciudad. Hay muchos alemanes en la Legión y alguno, confundiéndome con Karl, muy conocido en el Partido, pueda darme noticias de él.

—Pueden ser los franceses los que te confundan con Karl y entonces…

—Siempre me queda el recurso de explicar quién soy realmente.

Iban acercándose a un paraje de pequeñas linternas flotantes. Era una agrupación de sampanes donde familias enteras dormían.

Dejó Kurt Klast de remar para colocar los asideros de borda a un pilote que sobresalía a flor del agua poco profunda. La playa distaba escasamente veinte metros.

Pasaron el día entero evocando a Karl, hablando de sus mutuas infancias. De vez en cuando, alarmados, miraban la causa de cercanos ruidos. Eran sampanes que salían o llegaban.

Arthur Lefranc en su sampán estaba devorado por la impaciencia.

Llegada la noche, cuando hubieron comido las frutas y bebido el vino de arroz contenido en una caja empotrada en el suelo de la embarcación, Kurt Klast dijo:

—Dormiré en la proa, y tú arrópate bien —dijo él.

—Ven aquí, Kurt. ¿No somos como hermanos? Además, aquí sola tendría miedo.

—Hasta ahora te has portado muy valientemente —dijo él, entrando.

El cuadrado toldo con tabiques de bambú tenía en el suelo los trenzados tapices que servían de lecho, con algunos sacos rellenos de hierbas. Sonrió él, al mirarla vestida con blusón azul, largo pantalón blanco y babuchas de piel amarilla, dándole un aspecto exótico, aumentado por la tenue luz del farolillo colgante.

Tardó en dormir Kurt Klast, pese a sentirse exhausto. Contemplaba el tranquilo respirar que alzaba el bien modelado busto femenino, y repetíase que por nobleza tendría que confesar a Karl, cuando lo encontrara, que se había enamorado de su prometida.

Por fin, el cansancio le venció y sumióse en las honduras del sueño. En la playa, poco era el tránsito. Algunas patrullas pasaban de cuando en cuando, porque no estaba lejana la población de
Hay-Dong

, el sitio avanzado que daba acceso a la selva.

Dos legionarios, de vigilancia miraron con recelo al hombre que en girones la ropa, arrugada, con círculos morados alrededor de los ojos, sin pestañas ni cejas, se aproximaban a ellos. Le enfocaron con una linterna.

—Alto. Usted… —dijo uno de los legionarios—. ¿Qué paseíto es éste?

—Métele mano —aconsejó el otro—. Es sospechoso después del ataque de ayer al transporte. Oiga, hermano, no se ponga tonto y venga con nosotros.

Arthur Lefranc alzó un dedo.

—No tengo ningún inconveniente en acompañarles, sino todo lo contrario. Pero debo advertirles que es de suma importancia que uno de ustedes se quede de guardia aquí por si de aquel sampán baja a tierra un hombre con él que estoy encariñado, como el dogo francés con su presa.

—¿Ha recibido usted un mal golpe en la calabaza?

—Prefiero decirles que soy Lefranc, agente del «D. B.», que venía en el transporte. Si no confía, póngame las esposas uno de ustedes, pero el otro cumpla lo que le ruego, o de lo contrario tal vez el coronel de la Legión les pidiera cuentas.

—Mira, por si acaso, ya que me tengo que pasear por aquí, le daremos gusto. Llévale al campamento, y si nos ha querido engañar, peor para él.

—No les engaño. Es importantísimo lo que le encomiendo. Vengo siguiendo a un hombre hace muchos meses. No quisiera perderlo ahora. Está en aquel sampán y no conviene sepa está vigilado. Si bajara a tierra, sígalo por donde vaya y comuníquese con la Quinta Sección de Información, preguntando por Arthur Lefranc.

Camino del campamento central, el legionario que había esposado a Lefranc, habló:

—Le he puesto las manillas porque es mi deber.

—Cumplir con nuestro deber es reconfortante. ¿Hay alboroto en el campamento?

—Un poco. Han triplicado los servicios Es la primera vez que los Vietminh osan atacar un transporte. Y lo más complicado es determinar entre esta caterva de ojos rasgados y sonrisas dulces

quiénes, son Vietminh y quiénes son Vietnam [1].

—Sí. Están lejos los bellos tiempos de la pequeña Tonkinesa.

—Lagarto, lagarto —rió el legionario—. No me cite a la Verduga.

—Yo hablaba de la canción y del año 20.

—Pero aquí pensamos todos en la guerrillera llamada así. Más le vale a un legionario caer en un foso con serpientes y caimanes, que caer en manos de la «Pequeña Tonkinesa».

—Será menudita y simpática, de aspecto, como todas las annamitas.

—Pasa como siempre en estos casos. Unos dicen que es alta, corpulenta y más fea que pegarle a un padre. Otros dicen que es pequeñita y despepitante.

—Pónganse de acuerdo.

—Es imposible. El legionario que ha visto de cerca una vez a la «Pequeña Tonkinesa» no puede describirla, porque lo menos que le han hecho, es empalarlo por indiscreto.

Llegaban ya a la calle cuyas únicas paredes formaban el cercado alrededor del campamento.

Poco después estaban en un gran despacho del que entraban y salían incesantemente oficiales y sargentos, que todos iban recibiendo órdenes de un comandante sentado tras un despacho.

Por fin, el comandante miró al legionario de vigilancia y a su prisionero.

—Informe —pidió.

El legionario, cuadrándose, recitó, mientras por la ventana iba entrando la primera luz del amanecer:

—De patrulla con el legionario Vickers en el kilómetro seis del litoral sur, encontramos este paisano sospechoso. Dice ser Lefranc, un agente del «D. B.», que iba a bordo del «Guépard», y no ofreció resistencia a venir, indicando al legionario Vickers que vigilase un sampán anclado. Sin más novedad, mi comandante.

El jefe del Servicio de Información en Hanoi extrajo una lista de una carpeta. Con el dedo siguió una columna de nombres por orden alfabético. Al llegar al nombre de Arthur Lefranc dijo:

—Consta como paisano a bordo del «Guépard». Veamos la ficha.

De un cajón compulsó un casillero, y por fin extrajo una cartulina, y miró a Lefranc. Dijo:

—Mójese las yemas en este tampón y aplíquelas en esta cartulina.

Extrajo una lupa, después que Lefranc hubo estampado sus impresiones digitales, al lado de las reseñadas en su ficha, y por fin ordenó:

—Quítale las esposas, legionario Tropoulos, y dedíquese con el legionario Vickers a cumplir lo que este agente les ha ordenado. Puede retirarse.

Tras el marcial saludo, fuese el griego. Dijo el comandante:

—Tome asiento. Podemos hablar tranquilamente, por cuanto he terminado ya con mi labor, referente a investigaciones acerca de los atacantes del «Guépard». ¿Un cigarrillo?

—Gracias.

Explicó Lefranc detalladamente lo referente a Karl Klast, terminando:

—No creo que huyera, sino que al caer al agua su amiga, se lanzó a salvarla. Es, pues, posible que intente presentarse en el campamento.

—Es posible. Le advierto que mientras no reciba órdenes ministeriales, o demuestre yo personalmente que mis legionarios son criminales de guerra, no los entrego.

—Lo sé, mi comandante. En previsión de accidentes conservo mis documentos en cartera impermeable. Le daré la fotografía de Karl Klast, rogándole que en el interior del campamento sea vigilado y se anoten sus relaciones. En el exterior me cuidaré yo de vigilarle.

El comandante examinó con atención la fotografía triple que mostraba de frente y los perfiles a Karl Klast, con sus medidas y rasgos anotados debajo.

—Es curioso —dijo entornando los párpados. Y mientras su diestra tiró de otro cajón de su larga mesa. Extrajo, después de recorrer varias fichas, una que tiró sobre la mesa ante Lefranc—. Examine esta filiación.

Arthur Lefranc sonrió después de contemplar la ficha de Karl Klast.

—Éste es nuestro hombre, mi comandante, y le felicito por su excelente información previsora.

—¿Previsora? Escuche, Lefranc: usted va equivocado. Este

hombre, que aquí se hace llamar Charles Roger, lleva ya dos semanas en mi campamento.

—Imposible, señor, puesto que yo mismo le piso los tacones, desde que salió de París, hace exactamente quince días.

—Y yo le digo que hace exactamente dieciséis días que este hombre está aquí. ¡Zambomba! No cabe duda. Mire bien las dos fotos, y por si no le basta…

Tocó un timbre y le dijo al ordenanza:

—Despierte al legionario Otto Wolf, y si está de servido que acuda aquí a mi despacho.

Luego, dirigiéndose a Lefranc:

—Otto Wolf es un viejo legionario que ha intimado mucho con el legionario Roger, este de la foto. Corroborará lo dicho.

—Yo le afirmo que…

—Espere al testimonio de Wolf. Un error lo sufre cualquiera. Hábleme de París. ¿Qué tal?

Diez minutos después Otto Wolf se presentaba. El comandante le enseñó la foto que le había dado Lefranc.

—¿Conoce a este hombre, legionario Wolf?

—¡Sí, mi comandante! Es el legionario Roger.

—Está usted algo extraño, Wolf. ¿Qué pasa?

—El legionario Roger ha sido declarado desertor, mi comandante. Falta del campamento desde la lista de retreta.

—Me parecía fiel cumplidor… Diga.

—Si puedo aventurar una opinión, mi comandante, ha tenido que sucederle algo.

—Bien. Sé, averiguará. Puede retirarse.

Cuando Otto Wolf se hubo ido, dijo el comandante:

—¿Está ya convencido ahora, Lefranc? El mismo hombre no puede estar en dos sitios a la vez. Y mis ojos no fallan.

—Tampoco los míos, señor. Y no creo en «sosias» tan perfectamente iguales como hermanos gemelos.

El comandante iba cotejando las dos fichas. De pronto dijo:

—¡Eh! Aquí hay algo especial. Mire, en esta ficha tomada a Charles Roger al entrar en el campamento se anota: «Cicatriz en el dorso de la diestra producida por cierre de ametralladora». En su ficha de usted no consta este detalle, que es importante.

—Vi bien las dos manos de Karl Klast en París hasta que me

arrojó el *grogg* a los ojos y no tenía ninguna cicatriz.

—Entonces es otro hombre. Excúseme, pero estoy fatigado. Cualquier cosa que necesite acuda a mí. ¿Qué precisa de urgencia?

—Unas gafas negras y una pistola, señor.

—Pase por el almacén con esta nota. Añada un traje de dril. Despeje pronto la confusión, Lefranc.

Quince minutos después Arthur Lefranc, ocultos los ojos tras las gafas negras, recorría en sentido inverso el camino hecho minutos antes del amanecer. Ahora brillaba un pálido sol.

Cuando llegó a la playa, los dos legionarios le sonrieron.

—Del sampán no se ha movido nadie. ¿Podemos ya largarnos?

—Sí, y gracias.

Sentóse Lefranc en un poyete de amarre, hundido el mentón en la mano. Cierto que Karl Klast no podía estar a la vez en París y en Hanoi dos semanas antes.

¿Dónde estaba el error? Tenía sueño, pero no podía dormir, porque más que nunca debía seguir los pasos del que dormía en el sampán con la tenacidad de un dogo francés.

En él sampán, Kurt Klast se agitó inquieto. Despertóse sobresaltado. Su brazo derecho rodeaba los hombros de Flora Leduc, que dormía apaciblemente.

Se desprendió, sonrojado. Bueno, no había sido conscientemente… Ella se despertó al levantarse él.

—Buenos días, Kurt. Me parece que hemos dormido muy bien.

—Sigue durmiendo.

—Me sería imposible quedarme, aquí sola mientras tú estás corriendo un gran peligro por las calles.

—Primera condición de la mujer es disciplina obediente. Segundo, separados estaremos más cerca de triunfar, que juntos. Aquí estás en sitio seguro. Yo volveré al atardecer…; y si no volviera, entonces, por tu cuenta, emprendes pesquisas para averiguar el paradero de Karl.

—Me molesta la frialdad con la que hablas de… la posibilidad de que no vuelvas.

—No es hora de sentimentalismos desplazados, Flora. Espérame aquí.

—Tengo hambre, Kurt.

—Bien. Regresaré a mediodía y traeré alimentos y bebida. Ahora

sé buena y a dormir.

Poco después, enrollados los largos pantalones, Kurt Klast, como cualquier pescador annamita, andaba con el agua hasta la cintura, dirigiéndose a la playa.

Cubría sus cabellos con un turbante de secta mahometana. Echó a andar en dirección a la ciudad.

Arthur Lefranc era experto en el arte de seguir sin ser visto. A la media hora telefoneaba desde la cabina de un bar europeo que daba frente a un establecimiento de té para indígenas.

Pidió comunicación con el comandante del Servicio de Información.

—Aquí Lefranc, señor comandante. Ahora mismo, el hombre en cuestión está tomando té en un tugurio que lleva por título «Tho-Loc». ¿Puede enviar al legionario Wolf? ¿Sí? Ruego que el legionario Wolf no se dirija a este hombre como si lo conociera: Veré así la reacción. Después que el legionario Wolf se encuentre conmigo en este bar llamado «Sailor's Joy». Gracias.

Kurt Klast adoptaba la postura de los demás annamitas. Sentado sobre un tapiz sostenía entre sus manos en cuenco la escudilla llena de té aromático.

Vio pasar por delante de la terraza a un alto y maduro legionario, que se detuvo unos pasos más allá.

Y de pronto el legionario se le acercó, diciéndole en alemán:

—¡Escapa, Karl! Condenado seas. Te buscan por desertor.

—¡Gracias sean dadas al que todo lo puede! —dijo fervorosamente Kurt Klast—. ¿Conoces, pues, a Karl?

—No andes con evasivas. Te conocí desde el primer momento, aunque no quise llamarte por tu verdadero nombre. ¿Cómo vas a explicar tu deserción?

—Voy contigo, y puedo decir que me atacaron. Necesito estar contigo hasta que… averigüe yo lo que me interesa saber.

—Si te presentas conmigo, sólo te caerán unos días de calabozo. Puedes decir que te golpearon y amaneciste tirado cerca del río. Ven conmigo, demonios.

Arthur Lefranc vio como levantándose su vigilado seguía al legionario Wolf. Anduvo tras ellos, y entró dos minutos después en el despacho del comandante.

—El legionario Wolf acaba de entrar en la dependencia de suboficiales acompañado por el hombre que vengo siguiendo desde París.

—Dará parte ahora un sargento. Espere unos instantes aquí mismo.

Regresó diez minutos después el comandante.

—El legionario Roger dice que fue atacado por desconocidos y no ha recuperado el sentido hasta esta mañana.

—¡Le digo que este hombre no es el legionario Roger!

El comandante se encogió de hombros, y dijo inesperadamente:

—Tiene usted razón, Lefranc. Este hombre que acaba de ingresar en un calabozo no tiene en su diestra la cicatriz reseñada en la ficha del legionario Roger… ¡Pero lo he visto y es exactamente el vivo retrato de esta ficha!

Levantóse Lefranc, diciendo:

—Le ruego que siga en el calabozo el que acaba de presentarse. Yo voy a indagar a bordo de un sampán, y aunque no me guste, atemorizaré a una mujer tratando de aclarar este misterio.

Otto Wolf condujo a Kurt Klast hasta su celda, y susurró:

—Hay un paisano que ha seguido tus pasos, Karl. Si hay peligro para ti cuenta conmigo.

—Gracias. Cuento contigo.

—Estás cambiado, Karl, casi amable… ¿Te viste ya con Rudi y Ulrich? Me voy porque… vuelve el sargento de guardia.

Arthur Lefranc había decidido jugar un farol. La lancha remada por él mismo la amarró junto al sampán, bajo cuyo toldo dormía Flora Leduc.

Saltó a bordo de la frágil embarcación y penetró, conminando:

—No pretenda escapar, Flora Leduc. Ya he cogido a Karl Klast, y va a ser fusilado… Le vi abandonar este sampán hace una hora y media.

Ella se cubrió el rostro con las manos y musitó:

—No es Karl… El hombre que usted ha apresado es su hermano gemelo Kurt Klast.

Capítulo VII

LA Pasión DE Dominar

May-Sinh
vestía el atuendo ritual milenario de las ceremonias de sacrificio vengativo. Una picuda tiara incrustada de piedras preciosas coronaba sus rojos cabellos sedosos, como la rígida túnica que en las hombreras tenía unas aletas parecidas a las del delfín. Sus desnudas piernas tenían, ajorcas de oro en los tobillos.

Semejaba un ídolo perverso, aumentada su fascinadora belleza, por la pasión que alentaba su voz, sus gestos y su semblante.

La sala en que se hallaban había sido templo de adoración. Era fría, de desnudas paredes, con un largo banco en rededor y colgantes argollas. En el centro veíase una mesa de mármol, teniendo en cada esquina pebeteros que despedían un tenue y acre perfume.

Karl Klast, helados los azules ojos, replicó a la amenaza de la Tonkinesa, que ante él engarfiaba las gráciles y largas manos:

—Debí sospechar que no eras una vulgar manicura.

—¡Soy la hija de
Lien-Sinh
!

—La que llaman los franceses la «Pequeña Tonkinesa». Si azares y circunstancias me han hecho legionario, me resulta difícil comprender por qué tus ojos destilan tanto odio al mirarme.

—¡Segaste la vida del invencible
Lien-Sinh
! Tus viles manos a traición le dieron muerte.

—Es mí sino fatal ser acusado de crímenes que no cometo.

—Luchabas con valor cuando te atacaron los cinco. ¿Por qué ahora no tienes la valentía de reconocer tu culpabilidad?

La única puerta de acceso a la sala de sacrificios era estrecha y de poca altura, permitiendo apenas la salida de una persona de normal estatura. Ante ella, bloqueándola, estaba Kwei-Kong, impasible, apoyadas las dos manos en la empuñadura del corvo sable cuya punta reposaba en el suelo.

En cada esquina, un vástago de hierro forjado terminaba en remate de boca de dragón, por cuyas fauces simuladas brotaba una luz verdosa.

Karl Klast, cuando comprobó con encubiertas tensiones musculares que era totalmente imposible desembarazarse de sus argollas, replicó:

—No te reconozco ninguna autoridad para interrogarme. Si es tu deseo torturarme, ordena ya a tus verdugos que principien.

—Para ti, sólo hay un verdugo: yo misma.

—Principia, pues, tu labor.

May-Sinh empezó a describir con fruición la serie de tormentos que pensaba aplicar a su supliciado. Era horrible la mención de prácticas tan sanguinarias entre labios tan hermosos y con voz casi suave por la complacencia.

Terminó ella diciendo:

—Agonizarás sin morir días y noches, y aun así no quedará vengada la muerte de mi padre en el «Guépard», donde tus viles manos osaron segar su vida.

Karl Klast emitió con desprecio una carcajada brusca.

—Será lamentable que me mates creyendo haber vengado a tu padre, ya que, seguirá vivo quien lo hizo. Yo no estuve en él «Guépard», por la muy comprobable verdad de que hace dieciséis días que estoy en el campamento.

—Tus mentiras no te han de salvar.

—No me rebajo a mentir, y menos ante una mujer, por más hija de Lien-Sinh que seas. Ni estuve en el «Guépard», ni pude por tanto matar a tu

padre.

—Mientes con mucha, sinceridad.

—¿De qué me serviría mentir? Hablo precisamente porque estimo, que tu derecho a vengarte es legítimo. Dame la muerte que quieras, pero no creas que con ello quedará saciada tu venganza. Cualquiera de tus espías podrá informarse de que yo, legionario Charles Rogers, he estado permanentemente en el campamento, salvo de cuatro a siete y media los días de paseo, y que estuve libre de servicio. Y ahora, haz conmigo lo que se te antoje, que no pienso hablar una sílaba más.

Cerró Karl Klast los ojos. May-Sinh sacó de debajo de su túnica una pequeña arma-extraña: era una hoja de acero dentellada, en cuya empuñadura había púas erizadas.

Su mente le guiaba a torturar, pero en su instinto femenino había una confusión: el modo de combatir y la prestancia de aquel legionario influían en su sensualidad, que sólo se rendía, por breve tiempo ante la pujanza varonil.

Colocó en el suelo ante los pies del prisionero el arma, y dijo:

—Cuando regrese la «garra del dragón» arañará tu pecho, y la «lengua mordiente» vaciará la luz de tu ojo diestro.

Oyó Klast como ella se alejaba y quedó solo en el templete de sacrificios. Vio en el suelo el arma tonkinesa de suplicios, y se limitó a encogerse estoicamente de hombros.

Su pensamiento se remontó a la imagen de feminidad adorable que era Flora Leduc, a la que había decidido renunciar a partir del momento en que su existencia dejó de ser segura.

Al fondo del palacete, en su ala izquierda, completamente aislados, se alojaban dos hombres que fueron despertados por un annamita.

—Reina May os llama.

Diez minutos después los dos alemanes entraban saludando, militarmente a

May-Sinh

, que seguía vestida, con el ropaje antiguo.

—Necesito saber sí un hombre alemán que está prisionero estuvo en el «Guépard». Vosotros, gracias a Otto Wolf, conocéis como si los hubierais visto a todos los alemanes que están en la Legión. Mirad, y decidme si este hombre procede de otro transporte

anterior al «Guépard».

Descorrió ella en el tabique una mirilla por la que Ulrich y Rudi, los agentes de la Gestapo, contemplaron al prisionero del banco de piedra.

Ulrich cerró la mirilla, y dijo, dominando su excitación:

—Este hombre es Karl Klast, con el que queríamos entrar en contacto,
May-Sinh
. Hace ya dos semanas que llegó, y Otto Wolf trata de hacerse su amigo para ganarlo a nuestra causa.

—Uno de los piratas me lo describió como autor de la muerte de mi padre.

—Pudo ser un gran parecido,
May-Sinh
. Nosotros te respondemos que este hombre es Karl Klast y que no podía hallarse a bordo del «Guépard». Es más, podemos garantizarte que es de una valentía excepcional, y no tendrías entre tus filas mejor oficial guerrillero que Klast. Expuso constantemente su vida en París durante cinco años.

—Explícame cómo arriesgaba su vida.

—Fue elegido por su idealismo, su fidelidad al Partido y su notoria valentía y fuerza, para ser «paratentados». Así llamábamos en la Gestapo al que aceptaba ser calificado de verdugo sin serlo y que paseaba por las calles de la ciudad.

—¿Con qué fin?

—Si era eliminado, nos justificaba una dura represión. Y nos ahorraba el perder otra vida más importante. Fue apodado en París el de las «Mil Torturas», y ni una sola vez estuvo en las celdas de interrogatorio. Sería para tus fuerzas una gran adquisición,
May-Sinh
.

—Será preciso, pues, que busque entre los legionarios que vinieron en el «Guépard» al causante de la muerte de
Lien-Sinh
. Ahora, este hombre podría quedar libre, y ser de los nuestros, si acepta ser sometido a prueba. He pensado en esta circunstancia, y también para represalia por la muerte de
Lien-Sinh

, anticipar el ataque al fortín de
Kay-Dong
, que habíamos planeado para el día ocho. Si él acepta, mandará uno de los grupos de ataque a
Kay-Dong
. Id a libertarle, y yo escucharé desde sitio oculto vuestra conversación.

Ulrich y Rudi preguntaron a la vez:

—¿Cuándo será el ataque al fortín de
Kay-Dong
?

—Al rayar el alba de hoy.

Karl Klast alzó la cabeza al oír los pasos de los dos que se acercaban.

Parpadeó, sorprendido, y los dos alemanes mientras le quitaban las argollas, rieron jovialmente:

—¡Feliz encuentro, Karl! Se trata de un error, de un mal informe de un guerrillero de
May-Sinh
. Ella nos ha ordenado que te liberemos.

Ya en pie, Karl Klast, preguntó:

—¿Y desde cuándo vosotros acatáis órdenes de una mujer?

—Desde que por medio de
May-Sinh
podemos volver a ser lo que fuimos. Combatientes dominando y en gran empresa bélica.

—¿Por qué no ha venido ella misma?

—Prefirió que te explicásemos las razones por las que estamos aquí: Apenas llegamos a Tonkín, nos pusimos en contacto con los guerrilleros, y
May-Sinh
nos dio el rango de oficiales de ataque. Nuestra vida es combatir, y aquí se nos ofrece esta posibilidad.

—También la Legión os la ofrece.

—Nunca en ella seríamos nada, y además éramos demasiado conocidos. Tú has tenido, suerte de no caer en manos del contraespionaje. Escucha, Karl:
May-Sinh

no es una soñadora. Está respaldada por los chinos del Norte, y cuando domine en Indochina, nosotros formaremos parte del estado mayor. ¿Sabes lo que será cuando cuatrocientos millones de hombres, aunque sean amarillos, encuadren el ejército del que seremos oficiales del estado mayor? Cualquier empresa podrá tener éxito. Primero, la dominación de Indochina, que unida a China formará un compacto grupo. Después, ¡quién sabe! No es aventurado suponer que podemos llegar a ser de la élite conductora que gobernará el mundo. Y combates no faltarán a tu espíritu combativo. Ahora mismo, si lo quieres, puedes ser oficial del Vietminh con nosotros.

Karl Klast murmuró:

—Hay muchos alemanes en la Legión que obtienen grados y consideración.

—Sí, pero ninguno de ellos se llama Karl Klast. Tú terminarías juzgado por criminal de guerra, como nosotros. Obedecer a May-Sinh es jugar la gran carta, la del triunfo final. Los guerrilleros a sus órdenes son formidables, y da gusto conducirlos al ataque. Es la guerra más hermosa que te puedas imaginar, Karl, ya que por ahora guerreamos en inferioridad de número, pero día llegará en que estemos al frente de un estado mayor que gobernará los movimientos en el mundo entero de un ejército poderosísimo, como nunca lo hubo. Y los que hayamos formado en sus filas ahora seremos los dominadores. May-Sinh sabe que si un alemán le jura disciplina y acatamiento, puede contar con él. ¿Estás dispuesto a hacerlo?

—¿Y si me negara?

—Regresa a la Legión Francesa y acepta que ellos te premien condenándote por criminal de guerra. No importa que les digas que nos has visto aquí. Lo saben o se lo imaginan. Contigo, Karl, queremos emplear el método persuasivo, porque te conocemos. Tú elegirás; nosotros dos, al amanecer combatiremos libres mandando treinta guerrilleros annamitas. Puedes ser el oficial del tercer grupo, o reincorporarte a la Legión, y allí esperar a ser juzgado como un cordero. Tomes la decisión, que tomes, tan amigos.

Karl Klast rió, sin rencor, diciendo:

—Yo sé que si decidiera irme, me mataríais, pero lo considero

natural. Y también vosotros sabéis que si acepto jurarle fidelidad a May-Sinh, es porque estimo convincentes vuestras razones. En efecto, hoy pertenecemos al Vietminh, pero mañana…, ¡mañana dominaremos el mundo entero!

—¡Así se habla! —dijo calurosamente Rudi—. ¿Te mencionó Otto Wolf nuestros nombres?

—Otto Wolf es un viejo legionario, de quien nadie sospecha. Nos lo ganamos, y así tenemos en la propia fuerza enemiga quien nos informa de cuanto nos interesa. Ven, Karl, a nuestro alojamiento, y brindaremos por nuestro feliz encuentro.

—¿Y ella?

—La volverás a ver cuándo hayas pasado la primera prueba, Karl.

—Al amanecer atacaremos, Karl. Ya somos hombres libres, sin huir de policías, sino enfrentándonos armas en mano con otros combatientes. Es la vida soñada por todo alemán que no se resigna a ser ciudadano de una nación de cuarto orden, como lo es ahora Alemania.

Karl Klast sonrió algo acremente al replicar:

—Por ahora, somos simples mercenarios de una salvaje.

—¡No hables así! —rezongó irritado y con alarma, Rudi—. May-Sinh posee una «kultur» fenomenal, y una sabiduría colosal. Tiene honda sapiencia estratégica, y sus planes los firmaría con orgullo el mejor general alemán. Vamos a brindar.

Karl Klast siguió tras los dos, atravesando un largo pasadizo, y penetrando en la doble sala que les servía de alojamiento.

—Hace tres días que estamos aquí, esperando el momento de estudiar los planes de ataque que la propia May-Sinh ha hecho. Los verás cuando los traiga Kwei-Kong, su lugarteniente. Todo está pensado en su mínimo detalle.

May-Sinh no reapareció ante los ojos de Karl Klast, quien a la medianoche, en compañía de Rudi y Ulrich, trocado su uniforme legionario por ropa annamita, y en bandolera cartucheras y dos pistolas, partió hacia la

selva, a caballo; seguidos por una decena de chinos, también con ropas annamitas, a los que dirigía
Kwei-Kong
.

Llegaron a una espesura rocosa, donde Ulrich dio orden de alto. Descabalgaron y, poco a poco, de las rocas, de los arbustos, fueron surgiendo menudos individuos, de negros cabellos, y gruesos moños.

En silencio, la mayoría de ellos se agruparon en dos secciones. Kwei-Kong, a caballo, extendió los brazos y habló:

—Reina
May-Sinh
ha nombrado oficial al europeo que veis junto a vuestros dos oficiales. Es el teniente Klast, cuya valentía es temida por el odiado enemigo. Mandará mi sección, cubriendo la baja de vuestro oficial
Luan-Ho
.

Al filo del amanecer, se desencadenó el repentino ataque contra los treinta legionarios que guarnecían el sexto fortín de
Kay-Dong
.

Las bombas de mano de procedencia china abrieron brechas, y los cien asaltantes, dejaron en escombros y humeando al incendio, el fortín ya desguarnecido.

Partieron al galope, emitiendo más apagados los feroces gritos con que habían atacado. En la espesura los supervivientes volvieron a ocultarse, y los tres oficiales alemanes con
Kwei-Kong
y ocho chinos, regresaron a Hanoi, llegando a media mañana.
May-Sinh
envió a
Kwei-Kong
con el siguiente mensaje:

—Reina Sinh desea verte, teniente Klast.

Los otros dos alemanes comentaron:

—Debes jurarle obediencia.

—No olvides que es nuestra capitana.

En la sala donde

Kwei-Kong
introdujo a Klast, reinaba una profusión muy oriental de tapices, telas vistosas, pebeteros, almohadones.

Se retiró el chinó lugarteniente, y, al fondo de la sala, pudo ver Karl Klast a
May-Sinh
, que vestía a la europea, y que, sonriente, invitó:

—Acércate, teniente Klast. Supongo que habrás ya olvidado mis amenazas fruto de un error, e hijas de mi afán de venganza.

—Encadenado, ya di por normal tu deseo de vengarte. Torpe soy en lides verbales,
May-Sinh
, pero puedo decirte que te prefiero así. ¡Oh, no olvido, que eres mi capitana! Pero… sin ser francés, ¿puedo con sinceridad decirte que eres muy bonita?

—Ahora no estás de servicio, teniente Klast.

—Entonces recuerda que me llamo Klast. Apenas te apercibí en la sala del peluquero, me fascinaste —dijo él sentándose junto a ella en el diván alargado y mullido.

—Y yo me di cuenta que en tu vida hay la señal profunda de otra mujer.

—En efecto. Era buena, quieta y hogareña. La ideal esposa de un pacífico alemán.

—¿Murió?

—Vive en mi corazón, pero no quise me acompañara en mí inquieta vida.

—¿Y nada puede hacértela olvidar?

—La lucha, la guerra, el dominio de otros bajo mi fuerza.

—¿Nada más? —dijo ella provocativa.

Impetuosamente, la enlazó por la cintura Karl Klast. Ella no retiró los labios.

Una hora después, Karl Klast regresaba al alojamiento. Y el maligno, pero psicológico Ulrich, dio vuelta en su litera para comentar:

—Estoy seguro, Karl, que ahora más que nunca serás un fiel servidor de la reina poderosa y sabía
May-Sinh
. Domina todas las voluntades, porque domina todas las ciencias,

como mujer oriental que es.

Sin replicar, fue desnudándose Karl Klast. Al introducirse en su litera, dijo:

—La pasión de dominar es la mejor recompensa de todo hombre…, aunque sus sentidos sean dominados entre los paréntesis de la verdadera vida, que es guerrear.

Capítulo VIII

Expedición DE Castigo

Kurt Klast, dos horas después de haber ingresado en los calabozos del campamento de Hanoi, vio abrirse la puerta, y entrar en el estrecho espacio a un desconocido, vestido de blanco dril, y oculta la mirada por anchas gafas negras.

Por fuera, cerraron la puerta. Arthur Lefranc acercóse, y quitándose las gafas, preguntó:

—¿Me reconoce usted, Klast?

Kurt Klast había visto el anillo de sello en el gesto que hizo el agente al llevarse la mano a la montura de las gafas.

—Mis cejas, pestañas y pómulos quemados fueron obra de su ingenio, Klast. Pudo escapar, pero con tenacidad de dogo, le seguí. No, no le delató el tabernero de Porte Madeleine. Unos agentes vieron al «Delage» dar brusco viraje cuando se disponía a pasar la puerta custodiada, y me telefonearon. Le dejé sobornar al tabernero y meterse con Flora Leduc en el barril, y estaba con usted a bordo del «Guépard», y le seguí en un sampán hasta el ancladero.

Arthur Lefranc añadió, tras una pausa:

—No vengo a refocilarme, ni darle exhibición de mis facultades, Klast. He estado hablando con la señorita Leduc. Ahora sé que es usted, Kurt, el hermano gemelo de Karl. Dígame, ¿qué se propone?

—Quería… demostrar que Karl no es el verdugo que pretenden. Quería verme ante él, y que sus labios me dijeran que es mentira cuanto de él se dice, que son calumnias.

—¿Y si Karl Klast fuera realmente lo que yo pretendo, basándome en informes a los que doy crédito?

—¡Es imposible!

—Su convicción es fraternal y ante ella no me burlo, sino que le respeto, señor Klast. Ahora yo le digo lo siguiente: si Karl Klast hubiese torturado a miles de seres humanos allá en París, ¿seguiría usted viendo en él a su hermano y compañero de juegos infantiles?

—Seguiría, seguiría siendo mi hermano, Señor.

—Lo lamento, aunque esperaba esta tozudez. Venía a ofrecerle un pacto mutuo. Pero en vista de que no atendería usted a mi ruego, seguiré yo sólo la pista de Karl Klast.

—¿Y Flora? Ella nada tiene que ver con todas estas cosas.

—Por mí, libre está… mientras no regrese a la Metrópoli. Le pongo las cartas boca arriba, señor Klast. Yo podría acusarle de ataque a un agente, de enturbiar pistas, de haber engañado durante dos años a la policía internacional… Pero además de sabueso y perro dogo, soy humano. Lo único que me veo obligado a pedirle es que abandone Tonkín.

—¿Qué oferta deseaba hacerme, señor?

—Ayúdeme, si su convicción es tan absoluta de la inocencia de su hermano. Váyase, si estima que él es un sádico criminal.

—¡Karl es noble y totalmente incapaz de maldad! Pudo ser un idealista, equivocado o no, pero puramente limpio.

—Entonces… ¿por qué no me ayuda? Si él es inocente de lo que se le inculpa, podrá demostrarlo, y con agrado, dejaría yo de ser el perro dogo hasta ahora engañado por los gemelos Klast.

—¿Qué debería yo hacer?

—Lo que su conciencia le dicte. Yo no le exijo que me entregue a su hermano. Pero usted es el que puede llegar junto a él.

—¿Cómo?

—En el campamento lo creen Charles Roger, nombre bajo el que se inscribió Karl. Naturalmente, el jefe de información, sabe ya a qué se debe la confusión hasta ahora experimentada. Pero me ha facilitado la labor, aceptando le haga yo esta sugerencia. Siga siendo Charles Roger, y de un modo u otro, llegará a ponerse en contacto con Karl.

—¿Y usted qué pretende con esto?

—Dos cosas: si soy el equivocado, terminará la pesadilla de fugitivo de Karl Klast. Si estoy en lo cierto…, dejaré a su conciencia de usted actuar como mejor estime.

—¡Acepto!

—El legionario Wolf era gran amigo de Karl.

—Me ha tomado por él y creyó había desertado. Me habló de Ulrich y Rudi.

—¿Sí? Pues existen informes de que los tales Ulrich y Rudi forman parte de la oficialidad europea de que dispone la «Pequeña Tonkinesa».

—¿Por qué desertó mi hermano?

—Se han obtenido ya ciertas noticias. Ayer tarde su hermano descalabró a cinco portuarios, pagados por Kwei-Kong, lugarteniente de la «Pequeña Tonkinesa», y que tenían por misión apresar vivo al legionario Charles Roger. Después fue este visto en compañía de una annamita pelirroja, y desde entonces nada se sabe de él. Si usted logra que Otto Wolf le dé el medio de llegar hasta Ulrich y Rudi, creo que encontrará a su hermano Karl.

—¿Qué pretexto puedo darle?

—Hace unos instantes, antes de entrar aquí, me ha informado el comandante de la Quinta Sección, que al amanecer ha sido atacado el fortín sexto de Kay-Dong. Va a formarse una expedición de castigo, que irá a explorar los alrededores del fortín. Usted puede formar parte de esta expedición, por cuanto le cancelaran el calabozo a cambio de ofrecerse voluntario. En la lista de los expedicionarios, puede incluirse a Otto Wolf. Por el camino, que es largo y peligroso, manifieste usted a Otto Wolf que no quiere morir como un mosquito de la selva, y que quiere reunirse con Ulrich y Rudi. Después… si se enfrenta con su hermano, lo dicho: a su conciencia queda el resto. Nada más…

Abandonó Lefranc la celda, para ir a entrevistarse con el jefe del servicio de información legionario.

—Creo que Kurt se ofrecerá como voluntario, bajo el nombre de Charles Roger.

—Bien. No esperará usted que delate él a su hermano, por quien tanto cariño siente.

—No le delatará, pero yo seguiré siendo su sombra. Si Otto Wolf le proporciona él medio de desertar, yo seguiré a Kurt Klast. Le ruego que al nombrar el orden de marcha, emparejen a Wolf y a

Kurt.

—Así se hará. Pero no debe sospechar de Wolf, que es un viejo legionario.

—Sí, pero es alemán antes que nada. Buenos días, señor comandante.

Arthur Lefranc se dirigió a la habitación donde, custodiada por dos legionarios, estaba Flora Leduc. Dio orden a los dos legionarios de retirarse: eran Vickers y el griego.

Flora Leduc estaba abatida, aunque apreciaba la relativa gentileza con la que con ella se había comportado el agente francés, al oír su sincero y arrebatado relato.

—Bien, señorita, Usted quedará libre. En cuanto a Kurt, ha aceptado ser el legionario Charles Roger, puesto que es el mejor medio de encontrar a su hermano. No hay ley que me autorice a detenerlo, ni a usted, mientras no pise suelo de la metrópoli. Le aconsejo, pues, que se vaya de Tonkín.

—Yo no puedo… irme mientras esté aquí Kurt.

—Dirá usted Karl.



Sus largos brazos crearon un juego de artificio...

Sonrojóse ella, y en la pausa de tenso silencio, el agente sonrió sin ironía:

—Todos nos hemos confundido con estos gemelos. ¡Ah!, debo anunciarle que antes de dos horas, partirá un relevo de legionarios hacia
Kay-Dong

. Entre ellos irá Charles Roger. No se asuste, señorita… Fue Kurt quien eligió esta vida de riesgo continuo, y no puedo recriminárselo, porque tal vez yo haría lo mismo, si tanta fe tuviera en un hermano. Pero puede usted despedirse de él. Existe una costumbre legionaria, que autoriza a quienes lo soliciten, despedirse en el patio primero del campamento de aquellos que se van a expediciones. Y ahora, señorita, le digo adiós. Yo, personalmente, comprendo que usted en Karl Klast sólo vio a un hombre que la protegía con afecto y bondad. Así informaré… y si es posible, que desaparezcan de sus ojos estas nubes tristes.

En las afueras del campamento había numerosas mujeres, predominando las annamitas, y siendo las menos las europeas. Había también portadores de fardos y carretillas cargadas con ajuar y ganado menor.

Flora Leduc se aproximó a un cabo legionario que estaba fumando en pipa sentado en un banco contra el muro.

—Perdone, señor cabo.

—Yo a usted se lo perdono todo, señorita —dijo el cabo, levantándose—. ¿Qué desea?

—Despedirme del legionario Roger.

—Mire, todas, estas damitas de variado pelaje y condición, esperan también el toque de corneta que les permita entrar en el primer patio y charlar con sus elegidos del corazón, para emplear una fórmula que no hiera sus oídos, porque tiene usted aspecto de señorita de veras. No la había visto hasta ahora por aquí.

—¿Por qué hay maletas y ropas en aquellas carretillas?

—Es usted novata en tales lides, señorita. La mayor parte de ellas, siguen desde prudencial distancia, que no pueden, acortar de un kilómetro a los relevos y expediciones, y si acampamos, acampan ellas, también a prudencial distancia y a su riesgo. Es muy sensible, pero si las atacan, como ya ha pasado, otras veces, no podemos acudir a salvarlas, puesto que tenemos una misión. Pero las mujeres no hay quién las entienda. Yo, personalmente…

El cabo se interrumpió porque ya se había ido Flora Leduc, la cual se mezcló a un grupo de pintarrajeadas europeas, una de las cuales decía, burlona:

—… ya, ya… que te crees tú eso, le dije yo a mi gatito, cuando me propuse seguirle donde fuera. Iba yo por entre cañas, fango y

bichos, expuesta a cada instante a que broten del suelo como sapos, los annamitas rebeldes, y le corten a una este bonito cuello. Esto está bien para todas estas salvajes, pero a «mi menda lerenda» le enseñaron que el amor tiene un límite.

Formóse una agitación repentina al sonar vibrante un clarín. Abalanzáronse las annamitas, y dos cabos iban alineándolas, gruñendo:

—¡Calma, calma, tropa! De dos en dos, y en orden, señoras.

En el patio primero, Otto Wolf liaba un cigarrillo. A su lado, Kurt Klast, de uniforme, se comportaba como su hermano, tal como lo recordaba. Taciturno y callado.

Fue Wolf el que susurró:

—¿Sospechan de ti?

—Sí. Vi a un paisano con el comandante de la quinta sección.

—Entonces, te estarán vigilando. Y tal vez, a mí, también.

—No creo que desconfíen, de ti.

—¿Por qué lo crees así?

—Llevas muchos años de Legión.

—También es verdad. Pero yo, si estuviera en tu piel, me largaría tan pronto pudiera, porque me da mala espina que te hayan soltado.

—Eso pienso hacer, pero… ¿a dónde voy?

—De eso podemos hablar luego tú y yo. Ahora, van a entrar las legionarias.

Irrumpían ya las primeras, que iban abalanzándose a los brazos de los expedicionarios, las europeas, y, menos aparatosas, las annamitas, llegaban, y, cruzadas las manos sobre el pecho, inclinaban las cabezas, sonriendo humildemente ante el hombre que querían años, meses o días antes.

Kurt Klast reprimió una exclamación de alegre sorpresa al ver que Flora Leduc, mirando en rededor, se detenía en el centro del patio.

Corrió hacia ella, asiéndole las dos manos:

—¡Flora! ¿Qué haces aquí? ¿Cómo…?

—Lefranc fue caballeroso conmigo, Kurt.

—Llámame Charles ahora.

Ella forzó una sonrisa, al decir:

—Como quieras, Charles. Éste… era el nombre con que

conocí…, en París… Tengo ganas de llorar, Charles…

—Tú vas a ser buena chica, Flora, y ahora, cuando nos vayamos, irás a otro sitio lejano. Y allá vendremos Karl y yo. Vamos a dejarlo bien arreglado. Irás a Singapur, y todos los días pondrás en el periódico más importante un anuncio simplemente con tu nombre, y un café que elijas donde todos los mediodías y atardeceres nos esperarás.

—¡No, Kurt, no!… —Y ella se abrazó convulsivamente al emocionado expedicionario—. Irme sería como abandonarlo todo. Haré como estas mujeres. Donde tú vayas, yo iré.

—Te lo prohíbo terminantemente, Flora. Estas mujeres son de otra clase; son…

—Son mujeres que aman.

—Bien, pero todavía no has encontrado a Karl.

Ella agachó la cabeza, y, contra la guerrera, murmuró:

—Yo debo ser mala, Kurt…, porque…, para mí, ahora, Karl es un buen recuerdo lejano…, ¡y es a ti… a quien…!

La diestra de Kurt Klast cubrió con violencia los labios femeninos, y su zurda le obligó a levantar la cabeza. Estaba intensamente pálido.

—¡Te abofetearé, Flora, si faltas a mi hermano! Calla, y escucha: yo también te quiero, sí, lo confieso, y me da asco de mí mismo, pero así se lo diré a Karl, cuando me vea con él.

—Karl… debió llevarme con él.

—No te llevó precisamente porque es muy hombre, y no quiso exponerte a constantes peligros.

—Tú no me abandonaste.

—Es diferente. Ahora, harás lo que te he ordenado, Flora. Y vete, porque me es doloroso tenerte tan cerca… ¡y a la vez tan lejos!

Ella titubeó unos instantes, juntas las dos manos, en muda súplica.

Duro el pálido semblante en el esfuerzo por contener su afán de abrazar de nuevo a la que amaba, Kurt Klast giró lentamente sobre sus tacones. Había líquida emoción en sus ojos, cuando llegó junto a Otto Wolf.

—Mucho te quiere la francesita linda, Roger.

—¡Calla, y no te metas en lo que no te importa!

—Bueno, bueno… No dije nada, Roger. ¡Ciñe los arreos, que están tocando marcha!

Tuvieron, como siempre, que acudir refuerzos para lograr que las legionarias abandonaran el patio.

Ya en el exterior, Flora Leduc entró en un bazar, de donde poco después salía con túnica y pantalones annamitas.

Un portador se acariciaba la larga barbilla de chivo, mientras una annamita le iba diciendo:

—El que busca reina
May-Sinh
forma parte de la expedición. Le vi abrazarse con esta mujer europea que ha entrado en el bazar.

—Sigue tu camino tras ellos, y se te avisará cuándo deberás abandonar la senda peligrosa.

El portador se alejó para transmitir a otro de los espías el mensaje, el cual, cuando ya la columna expedicionaria abandonaba, entre marciales redobles de tambor y vibrantes toques de corneta, el campamento, regresó junto al portador.

—Orden de
May-Sinh
, que te pagará cien rupias oro, que sigas la senda con las mujeres, y ganes la confianza de la mujer que tiene en su corazón el enemigo de
May-Sinh
. Cuando lleguéis a sitio propicio, apodérate de ella, con astucia, y llévala al palacete de
May-Sinh
, donde te serán entregadas las cien rupias. Si fallases, tu cabeza cortada será cosida a tu cuerpo torturado.

Distaba ya más de un kilómetro la columna expedicionaria, cuando las mujeres, arrastrando sus ajuares en las carretillas, y otras ayudadas por portadores, se pusieron en camino.

No había ninguna europea entre ellas, salvo Flora Leduc, que sonrió, agradecida, cuando el annamita portador le dijo, en amable francés:

—Si blanca cansarse, apoyar mi hombro que yo, Ta-Phung, que es mi nombre, ser fuerte.

—Gracias; y a usted acudiré si me cansase.

La columna tomó senderos para acortar el camino, y al llegar a una confluencia de dos arroyos, el primer oficial ordenó:

—¡Vadear en fila doble! ¡Marcha de exploración por pareja!

Fusiles en alto, fueron los legionarios entrando en el agua, separados en parejas, y guardando una distancia de cinco metros entre ellos. Distancia que se duplicó al pisar tierra firme.

Otto Wolf, con el fusil ante el pecho, comentó:

—Muchas precauciones inútiles, Roger.

—Entre esta maraña de floresta y lianas, puede en cualquier momento aparecer el enemigo.

—No aparecerá. A Ulrich y Rudi les interesa que continúe yo con vida. Si atacan, lo sabré.

—Me gustaría verme ya con Ulrich y Rudi.

—Mal momento ahora, porque tenemos cordón de protección. Espera a que acampemos a la vista de
Kay-Dong
. Entonces, te indicaré yo dónde debes ir. Bastará que digas: «Karl Klast», y te acogerán los guerrilleros, porque así lo convinimos con Ulrich, o, mejor dicho, con su emisario. Y entonces diles a ellos que también yo desertaré, si me doy cuenta que se sospecha, de mí en la Legión.

Al final de la columna, en dos «*jeeps*» iban los del Estado Mayor, que empleaban a trechos otro camino menos accidentado.

Arthur Lefranc, preguntó:

—¿Está usted seguro, teniente?

—Muy seguro —replicó el que estaba sentado a su lado—. Hasta que no acampen en
Kay-Dong
, ninguno puede desertar, porque están rodeados por un cordón de vigilancia y avanzadilla. Y si usted cree que Otto Wolf es cómplice del desertor futuro, es viejo zorro legionario, y, por lo tanto, sólo al atardecer, al llegar a
Kay-Dong
, desertará su perseguido.

El portador, cuando llegó el mediodía, le tendió un bastón de los dos en que se apoyaba para andar, y aliviar así su carga, a Flora Leduc.

—Es valiente, señorita, andando como annamitas. No parar

hasta anochecer, porque la Legión comer andando. Dicen annamitas que es soplo de fuerza para niños, mujeres y ancianos irles dando leyendas país. Yo te contaré bellas leyendas, y así camino muy corto a ti.

Eran leyendas de delicada poesía las que contaba el annamita adicto a
May-Sinh
. El crepúsculo iba tiñendo de colores rojizos y violetas la campiña que rodeaba los restos del fortín, cuando se oyeron los lejanos toques de corneta ordenando alto.

El portador sonrió dulcemente.

—Si tú querer ver hombre de corazón tuyo, yo poderte llevar por agua plateada en aquel barquichuelo. Ellos beberán agua y llenarán cantimploras en río plateado. Por tierra no dejar mujer acercarse.

Ella le siguió, y el portador, apoyado en la pértiga, empezó a empujar el barquichuelo por el río sombreado y de muchas vueltas, que corría mansamente entre cañaverales y floresta.

Pasaron unos minutos, y Flora Leduc, a medida que la noche caía, sintióse intranquila.

—Nos estamos alejando, me parece.

—Es la noche hacer este efecto, señorita.

Cuando ella quiso erguirse, ya era tarde. Rodeaba su cabeza y busto un saco de tupida tela, y en la ribera dos corpulentos chinos fueron transportándola a hombros, relevándose, hasta el palacete de
May-Sinh
.

CAPÍTULO IX

LA RED SE CIERRA

Cada escuadra formó haz con sus fusiles, sentándose en rededor, mientras una sección, en orden de combate, iba a reconocer los restos que, calcinados, señalaban el lugar donde al amanecer se erguía entero el sexto fortín de la Legión Extranjera.

Otto Wolf tocó su cantimplora.

—Vamos a rellenar el tanque, Roger.

Kurt Klast siguió tras el legionario, que por el camino de descenso a la ribera del arroyo apostrofó a uno que se inclinaba sobre una roca de la que brotaba un chorro de agua:

—¡Eh, tú, novato! ¿Quieres reventar envenenado? ¿No te ha dicho todavía tu cabo que llenéis las cantimploras de agua que corre, en ríos, pero nunca en manantiales? ¡Estúpido!

Kurt Klast, un poco más lejos, no pudo evitar un comentario:

—Tu preocupación por la salud de este compañero sería admirable si no fuera que, cuando lo acribillen a balazos, tú estarás resguardado.

—Nadar y guardar la ropa es ciencia que con los años aprendemos todos. ¿Ves bien el río?

—Brilla como una cinta plateada.

—Son los reflejos de las hierbas grises de las márgenes. Si remontas éste rió hacia arriba, siguiendo la ribera, llegarás a una cascada. Ya te saldrán al paso los guerrilleros de la «Pequeña Tonkinesa». Para evitar que te taladren, quítate la guerrera, y cuelga de tu cinto la teresiana. Apenas oigas algún ruido sospechoso, apresúrate a decir: «Otto Wolf», y cuando te rodeen, di:

«Quiero ver a la reina
May-Sinh
. Soy Karl Klast». ¡Cuidado, que me parece haber oído a alguien deslizarse!

Estuvieron unos instantes en silencio. No se oía más que el manso susurro del río.

—Recuerda lo dicho, Klast. Al menor síntoma de que sospechen de mí, yo también iré a la cascada Rocosa.

—Si vuelves sin mí, pueden preguntarte.

—No. Hay muchos que van a por agua y nunca vuelven. Hasta la vista, Karl Klast.

Alejóse hacia arriba Otto Wolf, mientras Kurt Klast descendía, hasta que sus botas se hundieron en el lodo de la ribera.

Inclinado, apartando cañas y bejucos, siguió el curso del río que, bajo la luna, plateaba esplendente. Estaba nervioso, porque a no tardar tendría la ocasión tan anhelada.

La de verse frente a su hermano. Varias veces volvió la cabeza porque le pareció que alguien le seguía.

Lo atribuyó a nervios y al susurro del río, o de la leve brisa entre la floresta que flanqueaba espesamente las aguas.

Quitóse la guerrera, que tiró a la corriente, cuando ya llevaba caminando aproximadamente una hora, sin ver ningún paraje rocoso. Colgó de su cinto la gorra legionaria.

De vez en cuando cortaba el silencio un agudo y estridente grito, que pronto identificó como lanzado por pájaros nocturnos, que clamaban así su protesta por el paso del hombre.

La corriente empezaba ahora a burbujear más rápida, anunciando que su curso procedía de alguna cercana cascada. Y el mugido de las aguas empezó a aumentar.

En la cima de una roca, un guerrillero llamó a otro, señalándole el río en su última curva antes de llegar a la cascada.

Veíase a Kurt Klast avanzar, y a una veintena de pasos otro hombre se agachaba con frecuencia, ocultándose.

El guerrillero asintió, yendo a avisar a otros que, dando un rodeo, llegaron por retaguardia tras las huellas de Arthur Lefranc, quien, de pronto, se enderezó soltando algo que rodeaba sus hombros, y dio frente tardíamente a los cinco annamitas que se abalanzaron encima de él, provistos del saco y los aros de acero.

Quedó prisionero, mientras uno de los annamitas decía:

—Éste espiaba los pasos del legionario desertor con la contraseña. Hay que llevarlo a reina May-Sinh.

Mientras, Kurt Klast seguía andando, y pronto llegó a la base de la cascada rumorosa. Allí esperó, cruzados los brazos.

Lentamente, como excrecencias del terreno, fueron surgiendo, igual que hongos tras las lluvias, cabezas de negro cabello y grueso moño.

Kurt Klast alzó las manos, y dijo:

—¡Otto Wolf!

Aproximáronse dos annamitas, menudos, casi femeninos.

—Quiero ver a la reina May-Sinh. Soy Karl Klast.

Los dos annamitas se miraron entre sí con asombro. Acercóse otro diciendo:

—Es preciso tus ojos no vean para, conducirte palacio reina May-Sinh. Rodeará tu cara tela saco.

—De acuerdo.

Percibió Kurt Klast, después de que le hubieron echado sobre la cabeza un saco, que le ayudaban a montar sobre un caballo, y agarróse a las riendas.

No pudo calcular el tiempo que duró la cabalgada, porque su pensamiento estaba concentrado en el instante en que por fin iba a encontrarse con Karl.

Detúvose el caballo, y le ayudaron a descender. Anduvo hasta que de nuevo le detuvieron tocándole en el brazo y soltándoselo.

Le fue quitado el saco, y tardó unos instantes en recobrar la visión normal, en aquella sala oriental, donde un aroma enervante emanaba de múltiples pebeteros.

Por fin vio a May-Sinh, vestida a la europea, sentada en un diván, tras larga mesa cubierta de vajilla de oro lleno de frutas y dulces.

Ella le miraba como asombrada, incrédula. Para romper el

silencio, dijo Kurt Klast:

—El legionario Wolf me indicó el medio de llegar hasta aquí.

—Al ser detenido por mis guerrilleros, dijiste ser Karl Klast.

—Lo dije. Necesito entrevistarme con Ulrich y Rudi.

—¿Los conoces?

—No. Pero ellos sí conocen a Karl Klast.

—Aguarda unos instantes. Siéntate y considérate en tu casa.

Salió ella, y en otra sala vecina llamó tocando un pequeño gongo, ordenando al annamita que apareció:

—Trae aquí a los tenientes Ulrich y Rudi. Cerciórate de que el teniente Klast sigue con ellos. Que no venga.

Minutos después, Ulrich y Rudy entraban. Ella señaló una mirilla abierta, por la que se veía la sala en que se hallaba Kurt Klast.

Los dos alemanes, boquiabiertos, al cerrar ella la mirilla, dijeron:

—Es imposible…

—Klast está en nuestro alojamiento, y no pudo adelantarnos, puesto que sólo hay un camino que conduce aquí.

—Dice que quiere verse con vosotros, y Wolf le dio la contraseña y le indicó el refugio de mis guerrilleros. Id, y sonsacadle los motivos por los que ha llegado hasta aquí. No digáis que está aquí Karl Klast.

Rudi y Ulrich entraron en la sala vecina, mientras ella aplicaba el oído a los acústicos.

Kurt Klast se levantó al entrar los dos alemanes, que le miraron con estupefacción.

—¿Son ustedes los llamados Rudi y Ulrich?

—Antes de poderle contestar adecuadamente, señor, debemos saber cómo ha podido ganarse la confianza de Otto Wolf. Porque usted no es Karl Klast, aunque sea idéntico en todo a él, pero le falta una señal. En su diestra no hay la cicatriz que tiene Karl.

—Yo soy Kurt Klast, hermano gemelo de Karl, con el cual no me he visto hace ya doce años. Necesito verle y hablarle.

—¿Por qué supone que ha de estar aquí?

—Otto Wolf me confundió con Karl, y me dijo que ustedes lo esperaban. Desde ayer falta Karl al campamento.

—¿Cómo no se entrevistó usted antes con Karl?

—Yo venía en el «Guépard», y, después de un breve combate, me arrojé al agua y permanecí escondido un día entero con su

noche. Después, el legionario Wolf me creyó Karl.

—Entonces, ¿ignora Karl que usted está en Tonkín?…

—Por completo. Tengo que verle inmediatamente.

—Aguarde aquí. Le avisaremos.

Cuando los dos alemanes salieron, encontráronse en el pasadizo a May-Sinh, que dijo:

—No mencionen para nada todo esto al teniente Klast. Regresen al alojamiento.

May-Sinh revistió un amplio kimono negro, en una de cuyas mangas deslizó una pistola automática. Entró en la sala, donde Kurt Klast, al verla llegar, se puso en pie.

—Ha sido avisado Karl Klast. Pero hay cosas que no acabo de comprender y quisiera me las aclarases.

Hizo un gesto rápido y mostró en la diestra la pistola.

—Puedes ser un espía, y, por lo tanto, te conduciré hasta donde se encuentra tu hermano. Él responderá de ti.

—No son necesarias estas precauciones conmigo, señorita. Karl sabe que yo sólo deseo verle.

—Camina delante mío.

—Usted me indicará el itinerario —dijo, humorísticamente, Kurt Klast, contento porque iba a ver al que tanto tiempo había estado alejado de sus pesquisas.

Ella iba diciéndole los pasos y giros que debía dar y descendieron unas escaleras. Señaló May-Sinh una puerta, por la que dificultosamente penetró Kurt Klast.

Quedóse extático, petrificado de asombro, al reconocer en el largo banco, con argollas en tobillos y muñecas, a Flora Leduc, sentada junto a Arthur Lefranc, también prisionero.

No tuvo tiempo de reaccionar cuando Kwei-Kong y otros dos hercúleos chinos que estaban a cada lado del dintel, le rodearon el busto y, las piernas con los aros metálicos.

Le llevaron forcejeando hasta el banco, donde quedó aprisionado al igual que Lefranc y Flora Leduc…

May-Sinh
hizo una señal, y marcháronse
Kwei-Kong
y sus dos secuaces. Todo vestigio de civilización había desaparecido del bello semblante exótico de
May-Sinh
cuando, adelantándose, se enfrentó con Kurt Klast.

—¡Tú mataste a
Lien-Sinh
en el «Guépard»! Mil muertes sufrirás, y antes de arañar y morder tus carnes el hierro del dolor, retorcerá tu alma. Esta mujer que tanto te quiere, sufrirá ante tus ojos refinados tratamientos que ninguna mente europea puede imaginar. ¡Lien-Sinh me dará inspiración para saciar mi odio en ti y tu amorosa hembra! En cuanto a ti, espía, sufrirás la suerte reservada a los de tu clase, que han querido averiguar mi refugio. Tu cabeza será cortada y cosida a tu cuerpo mutilado, y, a la deriva, el río llevará un esquife con tus restos.
May-Sinh
, con voz aguda, fue describiendo las horrendas profanaciones que ante la vista de Kurt Klast padecería Flora Leduc, la cual, estremecida, cerraba los ojos. Cuando cesó la feroz descripción,
May-Sinh
abandonó la sala, donde sólo se oyeron los sollozos horrorizados de la francesa.

Arthur Lefranc, rezongó, en voz baja:

—No llore más, pequeña. Habrá leído usted muchas veces que a los buenos les anuncian mil torturas, pero siempre se salvan. Esto es el «abc» —y le guiñó un ojo ladeando la cabeza a Kurt Klast—: Su compañero le dirá que hemos planeado un ataque de las fuerzas legionarias a este antro. ¿Íbamos los dos a ser tan necios como para meternos aquí tan simplemente? Vaya, veo que no me quiere creer. Háblele usted, Klast.

—Es cierto lo que dice Lefranc. Pronto, muy pronto estarás libre, Flora, Y no olvides que si Karl está aquí, nada nos pasará. Usted se habrá visto en peores situaciones, Lefranc. ¿Qué hacía para no dejar que el pánico le invadiera?

—Acudir a la gran compañera de los aventureros: el buen

humor. Considere lo siguiente, Flora: yo estuve siempre tras los pasos de ustedes, y demostré que no soy muy torpe. ¿Iba yo a meterme en la boca de la loba, así como así? Les contaré lo que me pasó una vez en cierto castillo tenebroso de la Alta Silesia, la tierra de los vampiros.

* * *

Karl Klast, dijo, de pronto:

—Habéis regresado los dos muy nerviosos. ¿Qué os pasa?

—Figuraciones tuyas, Karl.

—Es que vino un espía francés hasta aquí, y, si él ha llegado, pueden llegar legionarios en masa.

—Hay vigilancia, ¿no?

Rió de pronto Ulrich, diciendo:

—Seguro. ¿Jugamos al *schinedappel*? Calma mucho.

Llevaban jugadas dos partidas, cuando apareció el emisario annamita, que tendió el índice hacia Karl Klast.

—Reina
May-Sinh
te llama, teniente Klast.
May-Sinh
estaba cenando, cuando entró Karl Klast.

—Acompáñame a la cena, Karl.

—Muy gustoso, reina mía.

—Hemos apresado un espía francés.

—Es la suerte de los agentes, contenida en un dilema: cazar o ser cazado. ¿Dónde fue?

—Lejos. En la rocosa espesura de la cascada. Estoy haciendo las fichas para el Vietminh Karl, y necesitaré todos los datos precisos para la tuya, hasta los más superfluos. ¿Qué familiares tienes?

—Un hermano, que hace muchos años prefirió buscar fortuna en las selvas de América del Sur. Nadie más.

—Uno de mis muchos espías me ha dicho que hay en Hanoi una mujer francesa recién llegada de Marsella, que venía en el «Guépard» como enfermera, y que ha preguntado en varios lugares por Karl Klast.

El alemán estrujó en la diestra el racimo, de uvas negras que iba

mordiendo. Súbitamente inquieto, preguntó:

—¿Sabes cómo es ella?

—Morena, de delicadas facciones, ojos mansos, tímida.

—¡Es ella! ¡Es Flora Leduc!

—¿La mujer que has borrado de tu corazón?

—Sí. Y será necesario que me ayudes a alejarla de Tonkín. Si es preciso convencerla de que he muerto.

—Lo haré. Y con placer, porque me mortifica ver que la quieres.

—Es otro amor, May. Tú me sabrás comprender. Lo que no concibo es cómo pudo ella, tan temerosa, arriesgarse en aventura como ésta. No es su carácter.

—Sería conveniente que me dieras una descripción de tu hermano, porque todos los detalles son precisos para tu ficha.

—¡Oh, esto es fácil, porque Kurt es mi viva imagen! Somos mellizos univulares. Tan sólo que él es quieto y distinto a mí en genio. No quiso compartir mis ideas, y se fue.

—¿Reñísteis?

—Ni mucho menos. Él me adoraba y yo le quería mucho, pero la vida manda. Sé que habrá hecho fortuna, y que seguramente tendrá muchos pequeños Klast alrededor. La última carta que de él tuve data de once años. Me reprochaba ser un *Nazi*, diciendo que representábamos la violencia. Era un buen muchacho Kurt.

—¿Por qué hablas de él en pasado?

—Nunca he de volverle ver, y así lo deseo, aunque hay noches en que me despierto sobresaltado, creyendo que está a mi lado. Ya habrás oído hablar de eso que muchos médicos han querido sostener científicamente: si un mellizo enferma, el otro también.

—¿Crees en esto, Karl?

—No sé cómo responderte. He oído hablar de un caso comprobado. En el frente de Normandía, un soldado francés cayó herido de muerte por un balazo. En el mismo instante, su hermano gemelo que estaba en París, bebiendo en compañía de su novia, llevóse la mano al corazón, donde dijo que un agudo pinchazo acababa de herirle. Rió cuando le pasó el dolor, y… ¿Por qué sonríes con tanta malignidad, May? Ahora me has parecido, de pronto, una hermosa serpiente dispuesta a picar.

—No creo en estas supersticiones, y soy oriental, Karl. Tengo sueño y voy a acostarme. ¡No; esta noche, no, Karl! Vuelve a tu

alojamiento. Hasta mañana.

Sonrió él, besando en el cuello a la Tonkinesa, y, al irse, ella desvistióse, recubriendo su desnudo cuerpo estatuario con las prendas milenarias del ritual de sacrificio.

Tintinearon sus ajorcas, cuando descendía las escaleras hacia la sala de suplicios, y a cada tintineo encogíase el corazón de Kurt Klast, mientras Flora Leduc cerraba los ojos, crispados los nervios. Arthur Lefranc rezaba…

Capítulo X

UN Lazo Triple

Entró
May-Sinh
con pasos menudos, hierática la faz, y sin pronunciar palabra se acercó a una boca de dragón ardiente, junto a la que había varios hierros de distintas formas retorcidas.

En la estrecha puerta,
Kwei-Kong
, cruzado de brazos, ostentaba una impasible fijeza de estatua fetiche.

Depositó
May-Sinh
un hierro en la boca del dragón, y tocó palmas. Kwei-Kong se acercó.

—Coloca a la mujer sobre la mesa —ordenó
May-Sinh
—. Tiéndela, y átale manos y tobillos a los tornos.

Hablaba en annamita. Kwei-Kong se aproximó y liberó pies y manos de la francesa, asiéndola por los cabellos y reunidas en su amplia diestra las dos frágiles muñecas.

Gritó ella agudamente, mientras era conducida a la mesa. Imprecó Kurt Klast:

—¡Dame tortura a mí, salvaje! Pero ella, ¿qué tiene qué ver con tus odios? ¡Yo maté a tu padre; sí, aunque ignoraba lo fuese! Vi sólo a un pirata oriental avanzando hacia mí. ¡Deja a esta mujer!
May-Sinh

no se dignó replicar. Sobre la mesa de mármol quedó tendida Flora Leduc, tensos brazos y piernas, arqueada, por la atracción de los tornos, en uno de los cuales dejó
Kwei-Kong
de maniobrar.
May-Sinh
, explicó, lentamente:

—El hierro candente aplicado en ciertos órganos produce inesperadas reacciones. Antiguamente así curaban las enfermedades del sueño nuestros sabios doctores, y lo aplicaban también a las mujeres propensas al desmayo. De nada sirven tus insultos: al contrario, me halagan y excitan a esmerarme en el arte del suplicio. Dentro de unos instantes el hierro rojo tocará las fibras más sensibles de la mujer que quieres. La harán resistente a todo dolor, aunque sus cabellos se volverán blancos y su corazón arderá de sufrimiento.

* * *

Karl Klast, al abandonar la sala, tras besar a
May-Sinh
, se detuvo de pronto. Su cerebro era lento. Su mano de dibujante era mucho más rápida. Trazó en el aire la silueta de un leopardo, tachonando el aire con manchas. Le habían llevado al palacete, confundiéndolo con el «hombre que en el "Guépard" mató a "Lien-Sinh"… Ulrich y Rudi estaban nerviosos, después de haber visitado juntos a
May-Sinh
. Flora Leduc estaba en Hanoi. Sola, no hubiese venido. ¿En quién podía únicamente confiar?».
May-Sinh
decía que quería detalles para una ficha.

¿Qué importaba si él tenía, o no familiares? Sonrió cruelmente cuando él mencionó el lazo invisible que une los corazones gemelos.

Quitóse las botas, porque sus manos eran más rápidas que su cerebro. Pisando levemente aproximóse a la sala en la que vio reflejada en un espejo la figura, de
May-Sinh

revistiendo la tiara de «sacrificios».

Retrocedió hasta, quedar escondido entre la penumbra formada por dos altas estatuas. Temblaban sus manos, presintiendo lo increíble: Nada le advertía su corazón, pero sí estaba alerta su cerebro.

En su cinto llevaba las dos pistolas. Vio salir a May-Sinh, que tocó palmas, acudiendo prontamente Kwei-Kong, a la que ella dijo:

—Precédeme al rito en que será vengado Lien-Sinh.

Habló en annamita y no comprendió Karl. Vio solamente que, tras inclinarse, Kwei-Kong se alejaba, y tras él andaba May-Sinh.

Bajó las escaleras, guiado de lejos por los tintineos de las ajorcas que en los tobillos llevaba May-Sinh.

La vio entrar en la sala donde la vio por vez primera como «reina May-Sinh». Y tras ella desapareció el hercúleo Kwei-Kong.

Tendióse en el suelo, avanzando sobre codos y rodillas, hasta que su sien rozó la línea del umbral.

Sus dedos dibujaron en el suelo furiosos garabatos, mientras su mente trataba de encontrar un medio para que, al irrumpir él, no sufrieran daño Flora ni Kurt.

En su postura, una sonrisa dilató su boca, porque agradecía a Kurt el haberse arriesgado hasta encontrar su pista. Tenían que hablar mucho. Once años de ausencia. Pero ¿cómo entrar sin que corrieran peligro las vidas de Kurt y Flora?

May-Sinh
era ligera de manos, y
Kwei-Kong
estaba cerca de un gongo colocado, bajo la mesa de mármol, donde estaba tendida Flora.

Crispó los puños, retrocediendo enderezándose. Desenfundó las dos pistolas.
May-Sinh
, seguía diciendo:

—… aunque sus cabellos se volverán blancos y su corazón arderá de sufrimiento. Y el tuyo gemirá, Kurt Klast, y vuestras europeas supersticiones fallarán, porque no existe lazo de unión entre corazones de hermanos gemelos. Sí, Karl, al que buscabas, está aquí, y sabe que tú también estás aquí. Pero es mío, y su voluntad me pertenece.

—¡Mientes! —gritó Kurt—. Karl no puede saber que yo estoy aquí, porque si lo supiera te hubiera retorcido el cuello, mala víbora.

—Coge el hierro,
Kwei-Kong
, mientras yo contemplo el llanto que está bañando los ojos de este vil cuervo. Tu hermano Karl no hace mucho me ha dicho que sus ideas y las tuyas son bien distintas. Me dijo que en tu última carta le reprochabas el ser *Nazi* de doctrina violenta, y ¿cómo sabría yo que esta mujer se llama Flora Leduc, sí tu hermano Karl no me lo acabase de decir?

—¡Mientes, víbora! Karl no sabe… ¡no sabe, oh, Dios! ¿Por qué tengo que empezar a dudar del que nunca dudé?

—Siempre el mismo buen Kurt —dijo, en el umbral, Karl Klast, riendo, brillantes los ojos, apuntando con sus dos pistolas a
May-Sinh
y a
Kwei-Kong
.

Corrió hacia un lado, permaneciendo junto al umbral. Kwei-Kong quedóse a cinco pasos de la mesa, con el hierro candente en alto.
May-Sinh

, gritó:

—¡El gongo, Kwei!

—Y dos tiros en cada uno de vuestros malvados corazones de verdugos injustos —tronó, estremecida, la voz de Karl Klast—. No os mováis. Así, quietos. No puedo mirarte, Flora, ni a ti tampoco, Kurt. Os he estado viendo, y mi corazón ha tenido alegría, pese a veros prisioneros. Habéis confiado en mí. Nunca has dudado, Kurt. ¡Quieto, Kwei!

—Quieto —repitió

May-Sinh

, sinuosa, añadiendo—: Estás loco, Karl. Podré perdonarte porque es tú hermano, pero piensa que hay en mi palacio treinta hombres de guerra que acudirán a mi llamada.

—Y treinta que te verán acribillada a balazos.

—No podrás salir de aquí, Karl.

—Tu vida es muy preciosa,

May-Sinh

. Ven cerca de mí. Obedece, o acribillo para empezar a tu dragón.

—¿Y si no obedeciera, Karl?

—Entonces mi hermano preferirá tratar de abrirse paso con mis violentos métodos *Nazis*, y morir dignamente. No agites el hierro, Kwei, qué mi boca habla, pero mis ojos os ven solamente a los dos. No te muevas, y tú,

May-Sinh

, acércate a mí.

—¿Qué pretendes?

—Tu vida por la de ellos. Permanecerás conmigo, mientras Kwei les quita las argollas. Si pretende hacerles el menor daño, el plomo de mi pistola morderá tu bello cuerpo sin alma. Contaré hasta cinco,

May-Sinh

. Si no acudes, o si Kwei intenta la menor maldad, irás a reunirte con tu padre, cuya muerte lamentamos, pero que cayó en accidente de guerra. Ven junto a mí,

May-Sinh

. Uno…, dos…

Ella avanzó lentamente, murmurando:

—Puedo perdonarte si…

—¡A callar! Pronto, que se acabó mi aguante. ¡Tú, dragón maldito, acércate al de los ojos quemados y quítale las argollas!

Estaba ya ella a dos pasos frente a Klast, el cual bruscamente la enlazó, manteniéndola prietamente contra su pecho, vuelta de espaldas. Por bajo una axila sacó una de las pistolas, apuntando a Kwei.

—¡Suelta el hierro, y quítale las argollas al tostado! Y usted, apenas quede libre, libere a mi hermano, Kurt.

Kwei procedía a liberar a Arthur Lefranc, y habíale ya quitado las cuatro argollas, cuando, en el tenso silencio, un sordo gemido brotó del pecho de Karl Klast.

Una de las manos de May-Sinh acababa de hundirle en el estómago un corto puñal. Disparó Karl Klast hacia Kwei-Kong, que fue desplomándose pesadamente.

De la zurda de Karl Klast cayó la pistola, y May-Sinh, con agilidad felina, precipitóse a recogerla, mientras, vacilante, con las dos manos en la atroz herida, Karl Klast caía de rodillas.

Ella recogió la pistola, dirigiéndola hacia Lefranc, que frenéticamente estaba maniobrando en las argollas que retenían preso a Kurt Klast. Gritó la tonkinesa, cuando sobre sus espaldas cayó Karl Klast, cuyas dos manos le rodearon el cuello.

Un sordo retumbar se oyó, como de gigantescos tambores resonando. Un repiqueteo de botas acercóse, y Ulrich entró con Rudi a todo correr, exclamando:

—¡La Legión rodea el palacio, May-Sinh!

Arthur Lefranc estaba ya recogiendo, la pistola casi al alcance de la mano sin vida de la estrangulada May-Sinh, yacente bajo el peso de Karl Klast.

Apuntó a Ulrich, que echaba mano de su cinto. —¡Arriba las manos los dos!— apremió el agente.

Tuvo que disparar contra Rudi, y al caer éste, Ulrich alzó las dos

manos.

—¡Vuélvase contra la pared, Ulrich Richemier!

Kurt Klast, libre, corrió a arrodillarse junto a su hermano, cuyo busto levantó, abrazándole frenéticamente.

—¡Karl! Yo…

Abrió los ojos Karl Klast, forzando una sonrisa.

—Buen Kurt, siempre… bueno. Yo no soy verdugo. Lo dirá Ulrich…, que fue el que… Mal hecho, Kurt… Has venido y sigue Flora lejos… Muy buena la pobre…

Lefranc había atado a la espalda las dos manos de Ulrich Richemeier. Lo atrajo hacia la mesa, para desatar a Flora Leduc, que corrió hacia los dos hermanos, llorando, rotos los nervios.

—Tu…, Kurt…, debes consolarla… porqué ahora hay un triple… lazo entre nosotros. Ella es buena, y tú también… ¡Ulrich! Dile a mi hermano… que yo…

—No hace falta, Karl. Yo creo en ti, y siempre creí. Ahora, te llevaremos a curar.

—Estoy… curado… ya… Estáis los dos juntos. Unid las manos, así…

Entre las suyas cogió Karl las de Flora y Kurt, incorporándose. Gotas de sangre cayeron sobre las tres manos juntas, y los labios lívidos y fríos de Karl Klast se apoyaron en la mejilla de Kurt.

Fue su último beso, antes de caer muerto de bruces contra el pecho de su hermano.

A empujones, Arthur Lefranc sacó de la sala a Ulrich Richemeier. Lo llevó por el pasadizo adelante hasta las escaleras.

—No se devane, los sesos pensando cómo pudo la Legión dar con el palacete. Cuando yo seguía a Kurt Klast, tenía sobre los hombros un carrete de alambre que se devanaba tras mis pasos. Dos legionarios me seguían con la misión de no intervenir, sino seguirme hasta donde fuera posible. Por eso han tardado en venir, y yo rezaba para que no tardaran demasiado en llegar. Pero era lógico. Tuvieron que regresar a alertar, cuando me vieron desaparecer tras los muros de este antro. ¡Se acabó la banda de la «Pequeña Tonkinesa»! Y dígame: Karl Klast nunca fue verdugo, ¿no es cierto?

—Fue… un ¡cochino traidor!… Sí, un verdugo…

Molesto, Arthur Lefranc golpeó con la culata entre los dos

hombros de Ulrich Richemeier, quien poco después quedaba entre dos legionarios.

Regresó a la sala de suplicios, y, con la garganta ronca, dijo:

—Confesó Ulrich… Karl Klast nunca atormentó a nadie. Era noble y valiente. Tendrá honores de legionario muerto en acción, y mi informe dirá que, gracias a él, fue capturada la banda de la «Pequeña Tonkinesa».

Al día siguiente, en Hanoi, un *paquebot* correo se disponía a zarpar hacia Singapur. Despidióse Lefranc, diciendo:

—Murió contento, y no deben ustedes sufrir. Recuerden el triple lazo que ahora les une. Donde esté, Karl Klast sonreirá gozoso, porque, sus dos seres queridos están juntos… y son buenos… ¡Caramba, sonría un poco, señorita Leduc! Karl murió feliz porque estaban ustedes dos juntos. Y llamen Karl al primero que nazca allá, en la tranquila Sudamérica, y al segundo…, pues bien, Arthur no es un nombre demasiado feo, ¿verdad?

Cuando el barco zarpó, musitó ella:

—Murió feliz, Kurt…

—Sí. Era… ¡todo un hombre mi Karl!… Y no me duele el corazón, porque sé que siempre ambicionó morir por una noble causa. Y… lo logró, protegiéndote hasta su último instante.

Iba alejándose la selva Tonkinesa, con sus continuas emboscadas, sus muertos, sus templos milenarios, sus verdes y lujuriosas márgenes, donde los marciales pasos legionarios acompasaban los menudos y deslizantes de los guerrilleros, en la marcha conjunta y trágica de la muerte.

Y a bordo, dos seres, hombro contra hombro, apartaron la vista para mirar hacia delante, hacia el porvenir tranquilo y apacible que lograrían gracias a la última valentía de Karl Klast, el verdugo de las Mil Torturas…

FIN



Pedro Víctor Debrigode Dugi
(1914-1982)
es uno de los grandes autores de la novela popular española en su época de esplendor, aquella que va desde los años cuarenta hasta inicios de los año setenta del siglo XX, cuando la televisión cambia definitivamente los hábitos de consumo de la sociedad española. Fue autor de centenares de títulos en la amplia diversidad de géneros que caracterizaba esta manifestación cultural aunque destacó en el terreno de la novela de aventuras y de la novela policíaca.

Nació en Barcelona el 13 de octubre de 1914, siendo su padre francés y su madre corsa. Educado en un ambiente culto —su padre era ingeniero aeronáutico— tuvo una esmerada educación. Estudió la carrera de Derecho aunque no la pudo finalizar pues el año 36, viviendo en Santa Cruz de Tenerife, se vio alistado en las filas del bando nacional al inicio de la Guerra Civil; tras solicitar su traslado a la Península se vio envuelto en extrañas circunstancias que le llevaron a ser acusado de espionaje. Tras ser liberado por falta de pruebas, intentó pasar a Francia pero no lo consiguió siendo nuevamente detenido acusado no sólo de espionaje sino de abandono de destino y malversación de caudales. Tras pasar por

distintos penales y ser condenado, finalmente salió en libertad en octubre de 1945. Empezó a escribir desde la prisión y se casó por primera vez en 1949 teniendo cuatro hijas a medida que iba consolidando su dimensión de escritor profesional. La familia combinó la residencia en diversas poblaciones de Cataluña y se trasladó posteriormente a Santa Cruz de Tenerife. Desde 1957 hasta 1963 Debrigode se estableció en Venezuela donde trabajó como corresponsal de la Agencia France Press y como relaciones públicas de un hotel. Vuelto a España, su esposa falleció en 1967. Se volvió a casar en 1972 y fijó su residencia en La Orotava a partir de 1974; falleció en febrero de 1982 a la edad de sesenta y ocho años dejando tras de sí una ingente producción literaria.

Utilizó un amplísimo abanico de pseudónimos aunque los más importantes fueron Peter Debry —con él creó la mayoría de su narrativa policíaca y del oeste— y Arnaldo Visconti —con esta máscara presentó toda su narrativa de aventuras— pero también firmo sus obras como P.
V. De
brigaw, Arnold Briggs, Geo Marvik, Peter Briggs, V. Debrigaw, y Vic Peterson.

Notas

[1] El Vietnam es el partido indochino aliado a los franceses. El Vietminh, los rebeldes a la colonización francesa. <<